

# Vida Nueva

## CRÓNICA

### [Todo el mundo quieto]

Se han hartado los ricos de dadas de pobres y de decir que este verano no saltan de Madrid porque los cambios estaban muy altos, porque el patriotismo exigía quedarse, porque la Corte, dando ejemplo, se quedaba...

Decían y tenían razón, que habiendo unos jardines del Buen Retiro tan frescos, tan animados, con buen restaurant y buena música, no hacía falta veranear...

Decían que los veraneos son incómodos, que los gastos son muchos y los tiempos son malos...

En una palabra, parecía que la gente de dinero, recordando que aquí los únicos que hacen sacrificios de veras son los pobres, iban á sacrificarse también siquiera por tres meses, y aguantar los calores como compensación de lo que han dado por la suscripción nacional...

Pero en cuanto ha corrido la voz de que hay moros en la costa y de que vienen barcos á puertos y playas todavía no indicados, comienza la desbandada, y por lo que pueda ocurrir, los ricos de las ciudades marítimas se van á toda prisa, y los de Madrid, temiendo que lo que allí ocurra repercuta aquí, también comienzan á poner dinero fuera y á hacer las maletas.

Si, hay que decirlo claro y denunciar á los egoístas, á esos que han vociferado todo el invierno pidiendo guerra mientras la guerra estaba lejos, y ahora que la guerra viene á casa se van á ir, dejando que aquí nos la compongamos con el enemigo.

El dinero huye, el dinero se va, sépanlo los que no lo tienen.

Hace ocho días que se envían grandes giros á París y abren allí muchas cuentas corrientes. La Compañía de Sleepings-cars y Sud-Expres que hace diez días apenas tenía encargos y el verano se anunciaba para ella infructuoso como para todas las empresas, tiene hoy infinidad de encargos de asientos. A los que los cambios les parecían altos, ya les parecen bajos con tal de salvar la frontera. De Valencia, de Málaga, de Alicante, de Santander, se van las familias elegantes, las familias ricas...

«¡Alo, ahí!

«No dirá el Gobierno nacional, que es el que mandando acaba de venir tras él»

«Que no siga nadie!

Los de abajo dan sus hijos, pasarán por los bombardeos, pagarán dobles las cosas necesarias de la vida; el Gobierno llamará las reservas, el país pagará los impuestos; las poblaciones se defenderán... y entretanto los acomodados, esos que viven á gusto en todas las épocas... á leer los periódicos á Biarritz, ó á Burdeos, ó á París, y que me envíen allí la renta, ¿no es eso?

Estamos en vísperas de grandes acontecimientos, de graves trastornos. ¿Han de ser solamente los pobres los que se encarguen de guardar los intereses de los ausentes?

Piensen los que se van, esos que figuran en las listas que publican todos los días los periódicos anunciando que tal ó cual han salido para el extranjero, piensen que acaso está más cerca de lo que se figuran ese momento en que un Gobierno, sea el que sea, obligado por la opinión, tenga que tomar medidas de salvación que puedan ser muy trascendentales...

No es patriótico salir de España en estos instantes, ni lo es poner el dinero en salvo, después de haberlo negado á la patria; lo que el Gobierno no haga, lo hará la opinión, y silbará en las estaciones á los fugitivos.

Será muy cómodo, eso de marcharse mientras dure la tormenta y volver cuando saiga el sol. ¡Y entretanto, que los pobres se defiendan y que los soldados comprados por esos viejeros se batan!

Tan antipatriótico sería, como lo es quedarse en el extranjero en estos momentos los que viven en él.

Hay españoles que escriben desde París:—¡Eso va muy mal, hay que liquidarlo todo, no hacen ustedes nada!—Y se indignan tomando un bok en el Boulevard ó paseando en el Bois de Boulogne... ¡Vengan, vengan aquí, cada uno á su provincia y aguanten las bombas incendiarias y den lo que haga falta para sostener las poblaciones!

«No basta enviar un cheque de 500 pesetas, y mientras aquí vamos cabeza abajo cobrar allá el cupón en moneda que gana el 80 por 100!

Desde las personas de la familia real que viven fuera de España y cobran su parte de lista civil en francos, sin tomar ejemplo del Jefe, y sin entretenerse de lo que aquí pasa, hasta los títulos, banqueros y españoles ricos que allí gobiernan el mundo leyendo los periódicos, vengan, vengan todos, que en España hace falta gente y el movimiento se demuestra andando.

Ni deben quedarse egoístamente en el extranjero los españoles ricos, ni deben salir egoístamente de España los ricos españoles.

¡Aquí todo el mundo!

«Que no sean sólo los soldados los que peleen y los pobres los que sufran las consecuencias de la guerra.

La opinión pública, que hace siempre justicia, gritará en cuanto se oigan los primeros cañonazos en cualquier puerto de España:

—«De aquí no sale nadie!

Para ayudar á los Gobiernos ó para combatirlos hace falta el concurso de todos.

¡Pueblos fronterizos, recibid con los brazos abiertos á los españoles que vengau; cerrad las fronteras á los que huyan!

EUSEBIO BLASCO.

## Guerra y lágrimas

¡La guerra, la guerra infame, la guerra maldita! Cuando la última guerra estábamos en el colegio. Ese nombre terrible que hace palidecer á las madres, nos recuerda días de vacaciones.

Y recordamos en la bruma del pasado aquellas tibias noches en que el pueblo invadía con sus risas las calles: en que las noticias de victorias pasaban sobre París como huracán de alegría; cuando los horteros iluminaban aun día sus tiendas y los golfos tiraban garbanos de pego en las aceras. A las puertas de los cafés bebían los parroquianos hablando de política. Mientras allá lejos, en algún perdido rincón de Rusia ó de Italia, los muertos, besando la tierra, miraban surgir las estrellas en el cielo con sus ojos abiertos, vacíos de mirada.

En 1859, cuando se extendió la noticia de la batalla de Magenta, recuerdo yo que, al salir del colegio, yendo por la plaza de la Sorbona, notaba esa fiebre guerrera que abrasaba las calles. Aquí y allá bandadas de golfos gritaban: «¡Victoria, victoria!» Y nosotros pensábamos en hacer novillos. Pero entre estas risas oía lamentos. Era un pobre obrero que lloraba en su tenderete. El infeliz tenía dos hijos en Italia.

En aquella época oía á menudo parecidos lamentos. Cuando se habla de guerra me parece que el pobre obrero, que el pueblo de cabellos blancos, ¡hora lejos, muy lejos, en medio de la fiebre guerrera de las plazuelas.

EMILIO ZOLA.

## El nuevo director de la Biblioteca Nacional

En sustitución del insigne D. Manuel Tamayo ha sido nombrado director de la Biblioteca Nacional el Sr. Menéndez Pelayo. Si todos los acuerdos del Gobierno fuesen tan acertados, España sería el pueblo mejor regido. Por esta vez, preciso es confesar que los ministros han puesto á la firma de la real persona uno de esos decretos en que respecto del favorecido se consagra de un modo definitivo el triunfo del talento y la constancia provechosa en el trabajo; y en lo tocante al interés público se coloca una importante dependencia del Estado en manos capaces de gobernarla bien.

Menéndez Pelayo reúne cuantas condiciones necesitan la integridad, el saber, prestigio, hasta la educación propia, porque está en esos años en que madurándose vivo el entusiasmo de la juventud, comienza á templarse con la cordura de la madurez.

Hay quien supone que la utilidad que Menéndez Pelayo saque de la Biblioteca será mayor que la obtenida por la Biblioteca durante su dirección: es decir, que él estudiará, gozará y se entretendrá tanto con el tesoro confiado á su custodia, que no le quedará tiempo de procurar al público aquel mismo placer y provecho.

Pero esto no puede ser así, ni hay que temerlo. Precisamente está siempre dispuesto á facilitar el trabajo ajeno: á nadie niega opinión sobre lo hecho ni consejo acerca de lo proyectado: sabe lo penoso que es la rebusca é investigación literaria, y puede afirmarse que no ha de entorpecerla con rutinas y obstáculos enfadosos: no ha de cambiar su naturaleza por el desempeño del cargo.

La personalidad de Menéndez Pelayo es interesantísima. Comenzó su vida literaria bajo el amparo de los elementos más retrógrados de España: los cuales, según por entonces se decía, le hicieron grata la subida, para otros tan penosa, á puestos universitarios y académicos. Sus obras en esta época están en perfecta armonía con el espíritu de aquellos elementos: en ellas aparece admirador y defensor apasionado de todo lo tradicional y enemigo franco y terrible de todo lo liberal y revolucionario; mostrando en lo brioso del ataque el ardor de los pocos años y acaso también cierta hermosa gratitud y secreta complacencia en defender los ideales de aquellos á quienes debía el principio de su encumbramiento.

A los animados de espíritu revolucionario nos fué poco simpático aquel jovenzuelo batallador y agresivo que armado de punta en blanco, pero con cogulla sobre la armadura, vanía lanza en ristre contra todo lo que significara libertad ó progreso; y cuenta que por aquellos días las palabras libertad y progreso, que ahora parecen cursis, eran sautas para muchos. Entonces publicó la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde no sabe uno qué sorprende más si el profundo saber, la erudición pasmosa, ó la saña que palpita entre líneas y desborda en violentas frases contra todo español que fuese ó estuviese cerca de ser judío, luterano, enciclopedia ó cosa parecida. Yo—y perdonéme este antipático pronombre—confieso que lei con admiración y pena aquellos tres tomos en cuyos capítulos veía malditas y excrecadas ideas y figuras que á prosperar y vencer, hubieran, en mi humilde opinión, formado una España distinta de la gobernada por la infame dinastía que comenzó en una triste loca y acabó en un pobre imbécil.

Pero pasó algún tiempo, no mucho, y el autor de la *Historia de los heterodoxos*, abandonando la crítica histórica por la literaria, prefiriendo las apacibles musas á los ásperos frutos de la filosofía, como hubieran dicho nuestros abuelos, comenzó á publicar obras en las cuales va reconstituyendo períodos y resucitando figuras de la literatura nacional; y no hay exageración en lo que digo, porque sus estudios sobre la poesía castellana, anterior á los Reyes Católicos, es una reconstitución y lo que está haciendo con la vida de Lope es una resurrección.

Menéndez Pelayo sigue siendo profundamente religioso, pero aquella juvenil intolerancia, aquella violenta acometividad, se han ido apaciguando hasta casi borrarse, surgiendo en su lugar un espíritu de justicia, de imparcialidad y dulzura que aun á los que no piensan como él impone res-

peto y simpatía. El enemigo furibundo, se ha trocado en apacible adversario; su espíritu busca hoy la verdad sinceramente. ¿Quién sabe dónde la encontrará mañana?

Entretanto, está prestando á la patria un servicio inapreciable, y no por haberlo dicho otra vez, he de callarlo aquí.

El erudito de hace medio siglo era, por regla general, un sabio de cosas menudas, pesado, lánguido, que escribía con arcaísmos inútiles en prosa retorcida y con estilo seco. Menéndez Pelayo está demostrando que el erudito debe ser todo lo contrario. Conoce nuestra historia y vida literaria como no las ha conocido nadie; según la índole del trabajo que se impone hace ya estudios de carácter general, ya de obras ó personas en particular, procurando y consiguiendo siempre orden en el método, claridad en la expresión de las ideas y hasta belleza en la forma con que las viste. El espíritu de nuestros antiguos escritores no tiene secretos para él; á fuerza de buscar en el alma de los tiempos, ha llegado á conocer el pensamiento de los hombres. Leed lo que ha escrito sobre los Manriques, el marqués de Santillana, Juan Alvarez Gato, el bachiller Fernando de Rojas, leed cuanto dedica á los satíricos más insolentes, á los pensadores más osados, á los poetas de origen hebreo, y verás surgir la antigua España como evocada por un conjuro mágico, pero sin que el encantador humille á unas gentes para ensalzar á otras, sin predilección por costa determinada, buscando la verdadera y sincera poesía, ya brote de los labios del cristiano, ya florezca en el corazón del moro ó del judío.

Posee singular maestría para dar idea del medio social en cada época, y luego, al tratar de cada autor, no hay cualidad que no explique, influencia que no razone, error cuya causa no investigue, acierto que no realice; siempre inspirado, primero, en el amor de lo bello, luego en un alto sentido de justicia; y cuando ésta puffera pecar de severa, dulcificándola con la más amplia y generosa tolerancia...

¡Tolerancia! La hermosa virtud de lo porvenir. Porque para ser verdaderamente caritativo hace falta llegar á santo; mas para merecer nombre de tolerante, basta ser justo... y es lo más que se puede pedir al hombre.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

peto y simpatía. El enemigo furibundo, se ha trocado en apacible adversario; su espíritu busca hoy la verdad sinceramente. ¿Quién sabe dónde la encontrará mañana?

Entretanto, está prestando á la patria un servicio inapreciable, y no por haberlo dicho otra vez, he de callarlo aquí.

El erudito de hace medio siglo era, por regla general, un sabio de cosas menudas, pesado, lánguido, que escribía con arcaísmos inútiles en prosa retorcida y con estilo seco. Menéndez Pelayo está demostrando que el erudito debe ser todo lo contrario. Conoce nuestra historia y vida literaria como no las ha conocido nadie; según la índole del trabajo que se impone hace ya estudios de carácter general, ya de obras ó personas en particular, procurando y consiguiendo siempre orden en el método, claridad en la expresión de las ideas y hasta belleza en la forma con que las viste. El espíritu de nuestros antiguos escritores no tiene secretos para él; á fuerza de buscar en el alma de los tiempos, ha llegado á conocer el pensamiento de los hombres. Leed lo que ha escrito sobre los Manriques, el marqués de Santillana, Juan Alvarez Gato, el bachiller Fernando de Rojas, leed cuanto dedica á los satíricos más insolentes, á los pensadores más osados, á los poetas de origen hebreo, y verás surgir la antigua España como evocada por un conjuro mágico, pero sin que el encantador humille á unas gentes para ensalzar á otras, sin predilección por costa determinada, buscando la verdadera y sincera poesía, ya brote de los labios del cristiano, ya florezca en el corazón del moro ó del judío.

Posee singular maestría para dar idea del medio social en cada época, y luego, al tratar de cada autor, no hay cualidad que no explique, influencia que no razone, error cuya causa no investigue, acierto que no realice; siempre inspirado, primero, en el amor de lo bello, luego en un alto sentido de justicia; y cuando ésta puffera pecar de severa, dulcificándola con la más amplia y generosa tolerancia...

¡Tolerancia! La hermosa virtud de lo porvenir. Porque para ser verdaderamente caritativo hace falta llegar á santo; mas para merecer nombre de tolerante, basta ser justo... y es lo más que se puede pedir al hombre.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

peto y simpatía. El enemigo furibundo, se ha trocado en apacible adversario; su espíritu busca hoy la verdad sinceramente. ¿Quién sabe dónde la encontrará mañana?

Entretanto, está prestando á la patria un servicio inapreciable, y no por haberlo dicho otra vez, he de callarlo aquí.

El erudito de hace medio siglo era, por regla general, un sabio de cosas menudas, pesado, lánguido, que escribía con arcaísmos inútiles en prosa retorcida y con estilo seco. Menéndez Pelayo está demostrando que el erudito debe ser todo lo contrario. Conoce nuestra historia y vida literaria como no las ha conocido nadie; según la índole del trabajo que se impone hace ya estudios de carácter general, ya de obras ó personas en particular, procurando y consiguiendo siempre orden en el método, claridad en la expresión de las ideas y hasta belleza en la forma con que las viste. El espíritu de nuestros antiguos escritores no tiene secretos para él; á fuerza de buscar en el alma de los tiempos, ha llegado á conocer el pensamiento de los hombres. Leed lo que ha escrito sobre los Manriques, el marqués de Santillana, Juan Alvarez Gato, el bachiller Fernando de Rojas, leed cuanto dedica á los satíricos más insolentes, á los pensadores más osados, á los poetas de origen hebreo, y verás surgir la antigua España como evocada por un conjuro mágico, pero sin que el encantador humille á unas gentes para ensalzar á otras, sin predilección por costa determinada, buscando la verdadera y sincera poesía, ya brote de los labios del cristiano, ya florezca en el corazón del moro ó del judío.

Posee singular maestría para dar idea del medio social en cada época, y luego, al tratar de cada autor, no hay cualidad que no explique, influencia que no razone, error cuya causa no investigue, acierto que no realice; siempre inspirado, primero, en el amor de lo bello, luego en un alto sentido de justicia; y cuando ésta puffera pecar de severa, dulcificándola con la más amplia y generosa tolerancia...

¡Tolerancia! La hermosa virtud de lo porvenir. Porque para ser verdaderamente caritativo hace falta llegar á santo; mas para merecer nombre de tolerante, basta ser justo... y es lo más que se puede pedir al hombre.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

peto y simpatía. El enemigo furibundo, se ha trocado en apacible adversario; su espíritu busca hoy la verdad sinceramente. ¿Quién sabe dónde la encontrará mañana?

Entretanto, está prestando á la patria un servicio inapreciable, y no por haberlo dicho otra vez, he de callarlo aquí.

El erudito de hace medio siglo era, por regla general, un sabio de cosas menudas, pesado, lánguido, que escribía con arcaísmos inútiles en prosa retorcida y con estilo seco. Menéndez Pelayo está demostrando que el erudito debe ser todo lo contrario. Conoce nuestra historia y vida literaria como no las ha conocido nadie; según la índole del trabajo que se impone hace ya estudios de carácter general, ya de obras ó personas en particular, procurando y consiguiendo siempre orden en el método, claridad en la expresión de las ideas y hasta belleza en la forma con que las viste. El espíritu de nuestros antiguos escritores no tiene secretos para él; á fuerza de buscar en el alma de los tiempos, ha llegado á conocer el pensamiento de los hombres. Leed lo que ha escrito sobre los Manriques, el marqués de Santillana, Juan Alvarez Gato, el bachiller Fernando de Rojas, leed cuanto dedica á los satíricos más insolentes, á los pensadores más osados, á los poetas de origen hebreo, y verás surgir la antigua España como evocada por un conjuro mágico, pero sin que el encantador humille á unas gentes para ensalzar á otras, sin predilección por costa determinada, buscando la verdadera y sincera poesía, ya brote de los labios del cristiano, ya florezca en el corazón del moro ó del judío.

Posee singular maestría para dar idea del medio social en cada época, y luego, al tratar de cada autor, no hay cualidad que no explique, influencia que no razone, error cuya causa no investigue, acierto que no realice; siempre inspirado, primero, en el amor de lo bello, luego en un alto sentido de justicia; y cuando ésta puffera pecar de severa, dulcificándola con la más amplia y generosa tolerancia...

¡Tolerancia! La hermosa virtud de lo porvenir. Porque para ser verdaderamente caritativo hace falta llegar á santo; mas para merecer nombre de tolerante, basta ser justo... y es lo más que se puede pedir al hombre.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

## EL TERCER ESTADO (I)

Juan Igual se murió de calenturas el año veinte, sin cumplir cincuenta, dejando á su hijo Gil solá la cuenta del diario, y sin pagar las sepulturas.

Gil, despreciosamente, se hizo el pícaro de una guerra civil. Y en un momento, entregó su alma á Dios á los cuarenta, dejando de pagar las fornicuras.

Es el nieto de Juan un hombre honrado, que vegeta en la villa del Pozuelo, á labrar su terruño consagrado; pasa las noches consultando el cielo, está en contribuciones apremiado, y es libre... como el padre y el abuelo.

EDUARDO GASSET ARTIME.

## Retratos El hombre del día

De mediana estatura; rostro inexpressivo; bigoto gris, poblado y recio; ojos pequeños, de mirar duro, donde la ira, pronta á estallar, se delata; boca larga, de labios finos siempre entrecabiertos, más que por una sonrisa, por la mueca dolorosa del sediento... sediento de sangre...

Nació en lo hondo; en las profundidades tristes y negras de la sociedad, donde el pueblo se revuelve y sufre y llora... Ha llegado á la cima, á la altura gloriosa donde la fama pregona el nombre de los vencedores; donde el favor de los poderosos da cruces y dignidades; donde la adulación de los serviles acrecienta la vanidad y engendra la soberbia; donde la suerte prodiga el dinero, y la vileza social hace que la cabeza de los hombres toque el nimbo donde los dioses asientan su planta.

«¿Cómo ha llegado? No se sabe, no es artista, no es literato, no ofreció un vida en holocausto de la redención humana, no fué un héroe popular, ni un místico que arrobado en dulces contemplaciones buscara en la caridad y en la resignación la felicidad de una vida paradisíaca inacabable... No fué, siquiera, un rayo de la guerra, acaso, acaso porque, aparte las luchas civiles, nuestro ejército ha tenido la desgracia de pelear solamente con razas inferiores...»

Su ascensión fué lenta, ignorada. Rompió el anónimo de la muchedumbre en que naciera, á fuerza de tenacidad y de constancia y de sagacidad, las más vulgares cualidades del vulgo, las únicas que hay en su corazón y en su cerebro. Encasillóse en uno de los varios caminos con que la sociedad torpe ha roturado el espléndido bosque virgen, inmensamente bello, de la vida, y comenzó á andar, y anduvo, y no dió paso en falso, mas todo ello inconscientemente, sin que le empujase la ambición ni la inteligencia le guiara.

Si allá en sus mocedades hubiera soñado con la alta jefatura, el título pontificio y el caudal cuantioso, continuaría siendo aquel buen muchachote servicial, humilde y simpático de entonces; pero el éxito inesperado, que viene á los hombres más de la perversidad de Lulbel que de la bondad divina, encendió en su espíritu inculto la hoguera de la soberbia y de aquel bienestar no queda más que el inflexible rigorista que cree que la vida de un hombre vale menos que el artículo, acaso brutal é inhumano, de una ordenanza.

Si un Dios de eterna justicia rigiera la vida, —menos aún; si la sociedad tuviera corazón, un solo

corazón siquiera, la fama de este hombre iría pregona por fatídicas sombras, de rostro pálido y desencajado, de carnes heridas y chamuscadas, pero Dios nos ha olvidado y la sociedad es bestia, una bestia irredimible.

Los católicos, no aquellos que creen, rezan, y esperan, sino los buenos católicos que heredaron de Torquemada la verdadera fe, le han hecho suyo, y el grande hombre tiene en cada claustro un baluarte y en cada confesionario sonora trompa de su fama.

El pueblo envilecido le enaltece, la sociedad demoralizada le encumbra, políticos y literatos y periodistas sin conciencia se le rinden, su mano ancha, dura y recia, llena de coágulos negros de sangre generosa, se abre para recibir los más altos poderes, el símbolo de su autoridad...

DR. PEDRO RECIO DE TIRTEAFUERA.

## LETRAS pasadas de moda CLERO

«Mi reino no es de este mundo,» habla dicho Jesús á sus discípulos, y, fieles á la doctrina evangélica, á ella arreglaron su vida los primeros ministros de la Iglesia.

Vivo en ellos el espíritu cristiano; fresco aun en la memoria el sublime martirio del fundador; despegados, como él, de las glorias percederas; sin otros bienes sino el bien que hacían, ni otro poder sino el de las virtudes que enseñaban con la predicación, y más con el ejemplo; desnudo el cuerpo de toda pompa, limpio el corazón de todo rencor y limpia la conciencia de toda mancha; tendiendo la mano á los perseguidos y el perdón á los perseguidores porque todos eran hermanos; fija en el cielo la mirada, que apenas descendía á posarse desdofosamente sobre el lodo terrenal, los primitivos cristianos cruzaban por la sociedad, como el aguilta cruza por oscuro valle, buscando la cumbre donde tiene su nido y patria.

Y, sin embargo, aquellos días pobres, humildes, fueron los días puros, los días heroicos del cristianismo. No fué la edad de los obispos coronados y los sacerdotes poderosos; fué, sí, la edad de los mártires.

Pero parece ley inmutable que toda escuela política, ó religiosa, ó moral, cambie de ser al pasar desde la propaganda al gobierno de las sociedades, como cambian de forma ciertos cuerpos al pasar á distintas temperaturas. Y así sucedió lo que sucedió; la fe, las virtudes predicadas abajo suelen evaporarse al llegar á los alturas.

El sacerdocio cristiano, azotado por las iras paganas, perseguido por Diocleciano y Nerones, sabe sacrificarse y morir por la fraternidad de los hombres en el mundo, por la igualdad de las clases ante Dios, por la inviolable libertad de la conciencia ante las leyes que se le negaban. Constantino le abre las puertas del imperio, y ya no sabe contentarse con sus conquistas; sale de la esclavitud y pide la dominación; obtiene existencia legal en el Estado y pretende absorber al Estado, y quiere un instrumento en cada Gobierno, un siervo en cada hermano, un paria en cada clase, una losa sobre cada conciencia.

Recareado le entrega la monarquía, y nuestra Iglesia, corrompida en el poder, de creyente trucecase en fanática, hace de la mansedumbre tiranía, ensangrienta el báculo pastoral y con él atiza las hogueras de la inquisición, y, contradiciendo la palabra de Cristo, sustituyendo al cristianismo auténtico el cristianismo falsificado, ni transige con los poderes, ni da descanso, ni quiere tregua hasta haber extendido sus negras hopladas como una innensa sombra sobre los dos mundos españoles. Y el ministro de la religión conviértese en ministro de la política.

Todos lo conocemos, mirado. Apenas descendida la blanca vestidura que en el templo disfrazaba sus flaquezas de hombre, deslízase con mundano traje por oscuras encrucijadas; agárdale el conciliábulo donde la piedad maquina contra la paz. Mezclada con la idea del imperio que ejerce sobre las conciencias, arde en su cabeza la idea del imperio hierocrático sobre las sociedades.

Señor del alma, pretende el señorío del cuerpo, el centro de lo eterno y de lo temporal, las llaves del cielo y de la tierra. Pide oro á la caridad engañada, largas á la mogigatería, á la ignorancia brazos. En el confesionario, tribunal de perdón, busca mensajeros de la discordia; desde el pulpito cátedra de paz y amor, predica la cólera y solivianta las pasiones; insinuante consejero en el hogar, atrae por la superstición á la mujer; cacicque en la aldea y jefe de banderías, maneja por el temor al crédulo campesino; guerrillero audaz en la montaña, las manos que consagran la hostia, imagen del Dios de la mansedumbre, esgrimen el acero y bendicen el plomo mortífero, santificando el barbaro oficio de la matanza.

Tal es el clero político; y aunque haya excepciones, más honrosas cuanto más raras, el tipo no puede ser negado por nadie, y menos por la generación presente.

Por lo que toca á la virtud de la pobreza, fuerza es confesar que nuestros pastores se aventan mal con aquel apostólico desprendimiento recomendado por Jesús, cuando decía á sus discípulos: «Da tu hacienda á los pobres y sígueme.»

«La Iglesia, el mar, ó la casa real,» decía desde muy antiguo en Castilla, para significar que sólo era posible enriquecerse entrando en la Iglesia, pasando á Indias, ó sirviendo al Estado. Y Lucio Marín calculaba que la propiedad de España se dividía en tres partes iguales, la una del rey, la otra de la nobleza, del clero la tercera.

Refrán y cálculo son exactos. Nuestros obispos eran potentados que en rentas y señoríos se igualaban á los más grandes entre los grandes. Cánigo era sinónimo de sibarita en el lenguaje co-

mún; la parroquia, y aun la simple capellanía, bastaban para sustentar á todos los parientes, deudos y allegados del capellán ó párroco; cada abad era un magnate, cada convento un gran propietario, cada orden una potencia.

Viviendas suntuosas, monasterios enriquecidos con todo el lujo del arte y todo el refinamiento de la comodidad, jardines, palacios y posesiones de recreo, castillos y lugares, muchos vasallos y tantas haciendas, que soltan los frailes preciarise de pasar de uno á otro reino por tierras propias; el diezmo y la primicia; tal era la pobreza de aquellos ascéticos imitadores de Jesús, consagrados á la penitencia y á la predicación contra los siete pecados capitales.

De esta verdad certifica la enorme masa de bienes eclesiásticos y de corporaciones religiosas que las modernas leyes de desamortización ha entregado á la propiedad particular.

Y no siempre la Iglesia granjeaba por lícitos modos ni invertía con rectitud sus grandes tesoros. Nuestras leyes enseñan cuán avaramente procedía en la cobranza de las prestaciones obligatorias, y cómo solía abusar del poder espiritual contra los deudores morosos, y aun hay hechos de donde inferir que los bienes religiosos pasaban á ser propiedad de las familias de los sacerdotes, que son meramente usufructuarios de ellos.

No era tampoco la castidad virtud sobresaliente en nuestro clero. Los Lunas y Carrillos, los Castillas y Borgia, los Frías y Calderones, son tipos que abundan en nuestra historia eclesiástica.

Y no sólo en el alto clero se encuentran estos pecados contra el triple voto sacerdotal de humildad, pobreza y castidad. La historia, amiga únicamente de los grandes, encubre y olvida á los pequeños; á éstos su propia insignificancia los defiende de la luz ofensiva de la posteridad.

Pero la legislación, así eclesiástica como civil, dictada sin duda por necesidades comunes y para casos generales, dice sobradamente cuánto había que corregir y evitar en tales materias.

La muchedumbre de decretos, cuya mención sería obra menos difícil que prolija, amontonados en nuestros cuerpos legales y en las actas de nuestros concilios; las varias reformas de que han sido objeto las reglas y órdenes monásticas, conatinadas de las propias enfermedades; los informes de juntas y dictámenes de Consejos en diversas épocas emitidas contra las usurpaciones jurisdiccionales del clero y de la Inquisición, que solían no ya atribuirse facultades ajenas, sino amparar y encubrir con ellas á criminales y facinerosos; las disposiciones encaminadas á limitar la adquisición de bienes por manos muertas, á corregir ostentaciones mundanas, á contener lujurias escandalosas, prueban que el antiguo clero, alto y bajo, seglar y regular, no reputaba por absolutamente lícito, susceptible de salvamento, que, en virtud de la perfección, la vida sepulcral y la mortaja anticipada él que le condena la divina sentencia: *Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit vivet.*

Por el contrario, vetasele bullir constantemente en todas las agitaciones de la vida. Elemento de perturbación antes que misionero de amor y caridad universal, viciando las máximas cristianas, corrompido las tradiciones apostólicas, alterando el dogma y la disciplina con novedades desconocidas en la primitiva iglesia, el clero fanático y el catolicismo intolerante han creado una suerte de paganismo tan diverso de la religión concebida por su virtuoso fundador, que puede decirse de ellos que han crucificado moralmente á Jesús.

EUGENIO SELLES.

mún; la parroquia, y aun la simple capellanía, bastaban para sustentar á todos los parientes, deudos y allegados del capellán ó párroco; cada abad era un magnate, cada convento un gran propietario, cada orden una potencia.

Viviendas suntuosas, monasterios enriquecidos con todo el lujo del arte y todo el refinamiento de la comodidad, jardines, palacios y posesiones de recreo, castillos y lugares, muchos vasallos y tantas haciendas, que soltan los frailes preciarise de pasar de uno á otro reino por tierras propias; el diezmo y la primicia; tal era la pobreza de aquellos ascéticos imitadores de Jesús, consagrados á la penitencia y á la predicación contra los siete pecados capitales.

De esta verdad certifica la enorme masa de bienes eclesiásticos y de corporaciones religiosas que las modernas leyes de desamortización ha entregado á la propiedad particular.

Y no siempre la Iglesia granjeaba por lícitos modos ni invertía con rectitud sus grandes tesoros. Nuestras leyes enseñan cuán avaramente procedía en la cobranza de las prestaciones obligatorias, y cómo solía abusar del poder espiritual contra los deudores morosos, y aun hay hechos de donde inferir que los bienes religiosos pasaban á ser propiedad de las familias de los sacerdotes, que son meramente usufructuarios de ellos.

No era tampoco la castidad virtud sobresaliente en nuestro clero. Los Lunas y Carrillos, los Castillas y Borgia, los Frías y Calderones, son tipos que abundan en nuestra historia eclesiástica.

Y no sólo en el alto clero se encuentran estos pecados contra el triple voto sacerdotal de humildad, pobreza y castidad. La historia, amiga únicamente de los grandes, encubre y olvida á los pequeños; á éstos su propia insignificancia los defiende de la luz ofensiva de la posteridad.

Pero la legislación, así eclesiástica como civil, dictada sin duda por necesidades comunes y para casos generales, dice sobradamente cuánto había que corregir y evitar en tales materias.

La muchedumbre de decretos, cuya mención sería obra menos difícil que prolija, amontonados en nuestros cuerpos legales y en las actas de nuestros concilios; las varias reformas de que han sido objeto las reglas y órdenes monásticas, conatinadas de las propias enfermedades; los informes de juntas y dictámenes de Consejos en diversas épocas emitidas contra las usurpaciones jurisdiccionales del clero y de la Inquisición, que solían no ya atribuirse facultades ajenas, sino amparar y encubrir con ellas á criminales y facinerosos; las disposiciones encaminadas á limitar la adquisición de bienes por manos muertas, á corregir ostentaciones mundanas, á contener lujurias escandalosas, prueban que el antiguo clero, alto y bajo, seglar y regular, no reputaba por absolutamente lícito, susceptible de salvamento, que, en virtud de la perfección, la vida sepulcral y la mortaja anticipada él que le condena la divina sentencia: *Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit vivet.*

Por el contrario, vetasele bullir constantemente en todas las agitaciones de la vida. Elemento de perturbación antes que misionero de amor y caridad universal, viciando las máximas cristianas, corrompido las tradiciones apostólicas, alterando el dogma y la disciplina con novedades desconocidas en la primitiva iglesia, el clero fanático y el catolicismo intolerante han creado una suerte de paganismo tan diverso de la religión concebida por su virtuoso fundador, que puede decirse de ellos que han crucificado moralmente á Jesús.

EUGENIO SELLES.

## El alto del convoy

Se había acampado en una llanura al caer de la tarde, apareando las carretas lo más cerca que fué posible unas de otras, trabando las acémilas y reuniendo los bueyes en un cercadillo abandonado donde la hierba casi los cubría, y en el que aquellos mil animales apenas podían moverse. Soldados, acemileros y boyeros, extenuados de fatiga, sin medios de hacer rancho, pues en varias leguas á la redonda no se hallaba ni una rama ni un montón de hojarasca que no hubiera empapado la lluvia que todo el día estuvo cayendo, cenaron lo que pudieran; este un pedazo de galleta vieja, aquel unos plátanos, otro unas tiras de resco y mal oliente tasajo que parecía un pedazo de euca, el de más allá rascas de de bacalao salado, húmedo y piejo que rascaba el gástrico como si fuera esparto. Para ayudar la digestión echaron unos tragos del agua infecta de una charca asquerosa de la cual había habido que sacar á la llegada del convoy dos mulas muertas y el cadáver de un insurrecto. Y no había otra porque la lenta y penosa marcha no permite elegir el sitio del descanso; donde se llega al anochecer, á costa de indecibles esfuerzos y penalidades sin cuento, allí se acampa.

Y después de la cena á dormir: es decir, los que no están de servicio de avanzada ó no tienen que quedarse de guardia junto á las cargas ni vigilando el ganado.

A dormir, no sobre el duro suelo, que después de varios días de lluvia estaba bastante blando el de la sabana donde se iba á pasar la noche, sino sobre el fango y la hierba chorreado agua, con la mochila por cabecera, tan empapada como la tierra que sirve de lecho, como la manta que sirve de abrigo y como las copas de los árboles que sirven de techo. Apenas cierra la noche comienza á soplar un vienteillo cargado de humedad que hace estremeecer de frío aquellos cuerpos mojados. Tiritan todos y se hielan los muchachos con el fusil al hombro, el moral á la espalda y sin calzados, van días y días paseando la calentura de fangal en fangal, aguantando unos ratos los horribles ardores de un sol de fuego y marchando otros bajo el chaparrón, tan pronto abrasados como ateridos.

Y, sin embargo, ni lo menegado del lecho, ni el frío son óbice para que aquellos desgraciados se duerman profundamente en su colchón de barro, porque á todo se impone el tremendo rendimiento de catorce ó quince horas de no interrumpidos esfuerzos hechos durante la inacabable jornada. Ni el ruido del tiroteo que el servicio de seguridad sostiene con las partidas, que en socho de cualquier descuido, rondan el campo los



CRÓNICA GEOGRÁFICA

Es verdaderamente extraordinario el progreso realizado por Rusia en todas las diversas manifestaciones de la civilización...

En esa nación no ha de ser considerado como axiomático el conocido aforismo «la naturaleza no da saltos»...

Las ciencias, las artes, las letras, viven hoy en Rusia con tanto esplendor como el que puedan alcanzar en la nación más progresiva...

Los culpables son otros, es decir, nuestros gobernantes de todas castas, que no piensan en otra esfera, sino en aquella en que se desarrollan sus políticas...

Uños y otros ignoran que por desconocimiento de la ciencia geográfica se pueden perder las colonias.

La Siberia, ese país de desolación, del cual no se tenían otras noticias hasta no há mucho, que fútilmente se envenenaba entre nieve, y ecos de sollozos y lamentos...

Esta línea férrea, abierta al público desde el día 1.º de Abril último, pone en comunicación á San Petersburgo con Tomsk...

Recientemente esta nación ha obtenido de China la autorización para construir un ferrocarril transmanchuriano, que, partiendo de la línea principal de Siberia...

Una nueva línea, llamada ferrocarril chino del Este, será construída y organizada como las de Siberia, y cuando utilizando la línea siberiana y sus importantes auxiliares...

Tempo olvidan los rusos al Afganistán, y tomando por punto de partida el ferrocarril transamirano, no se hará esperar el día en que las locomotoras moscovitas lleguen á la frontera del citado país.

El movimiento geográfico de Rusia á su vez realiza su importante con la mira puesta en los futuros destinos de China.

Actualmente se dirigen dos buques al mar Blanco, que explorarán detenidamente para encontrar una vía navegable hacia el estrecho de Vaigats y el mar de Kara.

Pero lo que merece párrafo aparte por su extraordinaria importancia para los estudios de la Geografía física, ha sido el hallazgo de un polo magnético en la Rusia central...

El general Tillo fué últimamente el organizador de las pesquisas sobre los fenómenos de magnetismo terrestre en Rusia, y M. Leist, profesor de Moscú, ha descubierto el polo de que se trata.

Efectivamente, en el lugar indicado que es un punto cósmico, puesto que al separarse de él 20 m. á derecha ó izquierda cesan los fenómenos...

Se supone que el centro de la atracción magnética debe encontrarse á 200 ó 300 m. de profundidad.

En otras crónicas, procurará enterar á los lectores de cuanto haya de interesante en el movimiento geográfico universal.

Luis de TERÁN.

Consulta pública

Al señor Zeda, en VIDA NUEVA.

Muy señor mío y de mi respeto: Ley, y no lo ley á mis solas, sino en una de las más frecuentadas tertulias de esta población...

Conforme de toda conformidad con este final: «No, no es el pueblo español un pueblo muerto ó moribundo, sino un pueblo atado de pies y manos...

Sabiendo, claro está que solo de oídas y por pura afición, los miramientos que ustedes los literatos profesionales deben al arte de bien decir...

La raza romperá la corteza, como usted dice muy bien, y así lo aguardamos los que todavía esperamos. Los gérmenes fecundos brotarán...

1.º ¿Cómo nos ofrece el subsuelo sus escondidas riquezas? Por violencia que hace el trabajo á la tierra madre.

2.º ¿Cómo surge el humilde germen y produce la planta y el fruto? Desgarrando la madre tierra...

3.º Y no canso más. El hombre mismo, fruto del amor, ¿cómo viene á la vida? Desgarrando también, y con el dolor que Dios anunció y los comadrones aliviamos...

Saque usted de lo que le digo, abusando de su paciencia, las consecuencias que mejor, ó peor, le parezcan; sírvase saludar á sus compañeros de VIDA NUEVA y téngame por un su admirador y servidor afectísimo, J. P. y L.

Sigüenza, 11 de Julio de 1898.

Redactores de VIDA NUEVA.

¿Qué agrado me ha producido la lectura del periódico de su digna dirección, titulado VIDA NUEVA, en el que por medio del artículo inserto en el mismo y bajo el epígrafe de «Consultas gratis»...

El tema que plantea, y leído con algún detenimiento, resulta arduo y digno de tratarlo con alguna extensión, atendiendo que son varias las causas que originan la anemia que sufrimos...

tenido de aplicarlas, etc., todo lo cual, como se comprende fácilmente, no cabe dentro de los límites de un artículo; mas decidido, como vulgarmente, se dice á echar mi cuarto á espaldas...

Para ello, empezaremos comparando á la nación con el individuo, según lo hace más de un insigne tratadista, de cuya comparación se deduce que nuestra nación, principalmente desde principios del segundo tercio de este siglo...

Desde este año al de 1875, España se encontró cual joven enamorado que después de cruenta lucha consigue el objeto de su amor, volviéndose todo corazón, no sabiendo qué hacer con su adorada dueña libertad y embelesado con su triunfo no calculó que la vida tiene también sus tristes realidades.

Como quiera que con ligeras variantes, los hombres que nos han gobernado, no sólo desde el banco azul, sino desde los demás puestos, han sido siempre los mismos...

Se extraña el articulista de que en tan poco espacio de tiempo que media desde los sucesos de las Carolinas á nuestros días, haya podido sufrirse una metamorfosis tan grande...

Tratadas las causas la ligera, es de temer que la enfermedad, si no aplicase un remedio energético y pronto tenga un funesto desenlace, y ya que al empezar estas líneas la calificación de anemia, para ésta no hay otro remedio que introducir nueva savia borrando el pasado y variar por completo el régimen de nuestra vida política...

Miniatra

Sonrientes, mirándose, procurando cada cual descubrir en el rostro del otro la huella de la pasión, besándose con los ojos, cruzan por el paseo. Y al verla apoyada en el brazo de este joven, exclaman hombres y mujeres: ¡Qué felices!

Ella ha pasado de la juventud: ni los recursos del locador, ni el arte de la coquería, logran disimular sus arrugas.

El es joven y ni el expresivo cuidado con que conserva la ropa, ni la distinción con que la lleva, consiguen disfrazar su pobreza.

Ambos desean placeres, vida cara y fastuosos, pero ninguno busca en el trabajo la realización de sus ensueños...

Interesados, hipócritas, egoístas, caprichosos, la lujuria triunfa. Ella es quien, trayéndoles á la realidad, les hace comprender cuán absurdos son sus pretensiones...

separan, la comunicación entre edades tan distintas. Voluptuosidad, deseo, liviandad, lujuria...

Y al despertarlos de la sensualidad el coro de las gentes, que los llama dichosos porque los ve juntos, envidiándolos porque los cree felices...

A. IBAÑEZ DE ARGULLÓS.

17 Julio 98.

La colegiación forzosa de los médicos

La colegiación forzosa de los médicos, porque ha sido simplemente decretada, no es una ley, pero conviene que sea definitivamente un hecho con todas las naturales consecuencias.

Si la solidaridad y corrección de la clase médica fuese un hecho, porque se cumpliesen sus principios de Deontología en un todo, ó no diesen lugar siquiera las infracciones á la imparidad de ciertos abusos...

Contaminados sin duda por la infección política que en la esfera social conduce á la gangrena; al ejercicio honrado de la profesión parece sucedemos el ejercicio esclavo en las sociedades y empresas sanitarias; el ejercicio industrial más bien que caritativo y piadoso en los consultorios...

El puritanismo que ejercen algunos colegas al protestar de la colegiación obligatoria por aquello de que se favorecería los intereses de una clase frente de los intereses generales sociales...

La colegiación obligatoria de los médicos es precisamente una garantía en favor del todo social, garantía que respondo de nuestros procederes y de nuestros actos, unos y otros irresponsables casi siempre ante el código común...

Por lo demás, la forzosa colegiación no inferirá, no puede inferir, como temen los discolos y los poco morigerados, agravio ni afrenta al facultativo; sólo agraviará y afrentará, mejor dicho, castigará y corregirá al que no cumple con sus deberes.

La colegiación forzosa impedirá ó restringirá también el intrusismo en medicina; que desprecian el intrusismo como quiere alguno esponerse de su parte, es consentir lo absurdo y perjudicial para el paciente.

curandero mejor que al médico, merecen de todos modos ser atraídas á los derroteros de la verdad y del progreso científico; que así lo piden los principios democráticos que informan hoy las leyes y nuestras costumbres...

DR. ANGEL DE LA VEGA Y CARRASCO.

Suspensas las garantías constitucionales por decreto del pasado jueves 14, nos vemos precisados á última hora á retirar varios originales de actualidad; entre ellos, la sección á VUELTA PLUMA de Mariano de Cavia, todo lo cual justifica el retraso con que llegará á provincias nuestro semanario.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Moratala. - D. G. - Recibida cantidad. Huesca. - E. V. - Conformes. Se sirvió pedido. Santander. - L. S. - Queda suscripto. El pago en sellos 6 letra. Se sirvió desde el núm. 1.º

Madrid. - J. D. - Queda suscripto. Madrid del Campo. - V. O. - Se tardará algo en publicarlo por el exceso de original. Sanlúcar. - M. M. - Desde este número se le hace el aumento que pide Agradecemos su interés.

Valencia. - M. M. - Se le sirvió segundo pedido del núm. 5.º Reconocemos su interés, pero nos embaraza mucho la devolución. Málaga. - J. D. - Se le envía por segunda vez el pedido. Se le ruega reclame el paquete. Játiva. - V. G. - Se le sirve aumento. Tortosa. - M. M. - Complicado. Valladolid. - C. G. - Servidos los ejemplares que pedía del 5.º y aumentado pedido.

Gujiu. - E. V. - Queda suscripto por un año. Oñida. - J. C. - Suscripto por seis meses. Navarra. - I. C. - Suscripto pedido. A fin de mes se le enviará liquidación. San Carlos de la Rapita. - V. G. - Suscripto por un semestre. Benacarrán. - A. de F. - Suscripto por seis meses. Importe en sellos 6 letra. Orense. - T. C. - Suscripto por un semestre. León. - L. A. - Servido pedido y circular. Chicla. - P. M. - Se le sirvieron de nuevo números que le faltaban.

Zaragoza. - M. L. - Se le envía el pedido que hace. Barcelona. - J. V. - Se le envían números atrasados. Valencia. - C. O. - Se le sirvió pedido desde el núm. 5.º Pasos de Santa María. - J. C. - Hecho aumento en el pedido. Avila. - P. C. - Recibida 4,20 pesetas. La Unión. - A. R. - Servido aumento. San Sebastián. - V. de A. - Servido aumento. San Juan. - M. E. - Hecho aumento. Servido pedido de números atrasados. León. - J. C. - Se toma nota de su carta. Constantina. - R. L. - Servido pedido desde número anterior. Orense. - L. P. - Servido pedido números atrasados. Hecho aumento que pide. O. - Hecho aumento en el pedido. Ronda. - J. de L. - Remitidos números atrasados. Alhambra. - R. P. - Servido pedido. Alcoy. - F. L. - Liquidado el mes de Junio. Se le envía pedido. Bayona. - J. H. - Se le sirve como siempre el paquete. Gantia. - J. E. - Servido aumento. Se le envía liquidación. Vitoria. - M. A. - Se le hace aumento que pide. Málaga. - A. A. - Recibida su carta. Conformes. Ovares. - M. M. - Servido aumento. Almería. - B. G. - Servido pedido. Se le envía su carta. Bayona. - J. M. L. - Recibida letra. Granada. - F. L. - Recibida letra. Suscripto por un semestre. Sotillo de la España. - J. J. G. - Se le acredita por correo. Valls. - D. V. - Recibida carta. Hecho todo lo que desea. San Felices de Guisola. - F. L. - Recibida cantidad. Suscripto por un trimestre. Bilbao. - I. C. - Recibida carta. Respecto á los suplementos, conformes con lo que haga. Tortosa. - V. R. - Se le escribe. Vitoria. - M. G. - F. de P. R. - Agradecemos su interés. Toró. - I. de H. - Queda suscripto. Barcelona. - J. V. - Conformes con lo del suplemento.

Los señores suscriptores que se hallen en descubierto con esta Administración, se servirán enviar el importe de la suscripción lo antes posible para que no sufran retraso en el recibo del periódico.

MADRID. - IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.

Para la venta y publicidad en París dirigirse al BOULEVARD BEAUMARCHAIS, núm. 5

VIDA NUEVA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACTORES

Blasco (Eusebio), Blasco Ibañez (Vicente), Cavia (Mariano), Fernández Villegas (Zeda) (Francisco), Jurado de la Parra (José), Luria (Enrique), Nakens (José), Paris (Luis), Pérez Galdós (Benito), Picon (Jacinto O.), Sellés (Eugenio), Soriano (Rodrigo), Trigo (Felipe), Verdes Montenegro (José).

COLABORADORES

Aguilera y Arjona (Alberto), Alas (Leopoldo), Alcalde de Zafra (Joaquín), Alzola (Pablo), Arnedo (Luis) (Luigi), Arpe (Celestino), Arpe (O. J.), Aza (Vital), Barrantes (Pedro), Bernuete (Aureliano), Blasco (Ricardo), Bueno (Manuel), Cabezon (Eustaquio), Cadenas (José Juan), Calderón (Alfredo), Campión (Arturo), Canals (Salvador), Carmena y Millán (Luis), Carrascido (José), Castelar (Emilio), Catarinas (Ricardo), Colorado (Vicente), Corredo (Emilio), Costa (Joaquín), Costada (Alejandro), Cuellar (José), Dionta (José), Dorado (Pedro), Zabagary (José), Zabagary (Miguel), Feijó (Alfredo), Fernández Shaw (Carlos), Ferrarri (Emilio), Frances Rodriguez (José), Fuente (Ricardo), Funes (Enrique), Gabaldón (Luis), Goner (Pompeyo), Gil (Ricardo), Gil (Rodolfo), Gómez Baquero (Eduardo), González Serrano (Urbano), Herrero (José J.), Icaza (Francisco), Iglesias (J.), Iglesias (Pablo), Iglesias (Santiago), Jordá (J. de), Laserna (José), Limendoux (Félix), López Silva (José), López del Castillo (José), Lustrón (Eduardo), Maestro (Tomás), Maestu (Ramiro), Maragall (J.), Melero Botegón (Enrique), Monez (Félix), Monedras Pelayo (Marcelino), Miranda (David), Morote (Luis), Moya (Miguel), Multedo (Manuel), Navarro Ledesma (Francisco), Núñez de Arce (Gaspar), Ortega Muzilla (José), Palacio (Manuel del), Forés (Ramón de), Pérez (Dionisio), Pérez (Dario), Pérez Lorba (J.), Pérez y González (Felipe), Pérez Rojas (Sisto), Prieto Mera (Francisco), Ramos Carrón (Miguel), Reina (Manuel), Ribagorza (Conde de), Roura (José de), Royo y Villanova (Luis), Royo Villanova (Ricardo), Rueda (Salvador), Rusiñol (Santiago), Sabau (Pedro), Sala (Emilio), Salillas (Rafael), Sánchez Guerra (José), Serrano de la Pedrosa (Francisco), Solsona (Conrado), Soria (Arturo), Stor (Angel), Terán (Luis), Thebussem (Doctor), Torrijos (Antonio), Unamuno (Miguel), Urales (Federico), Utrillo (Miguel), Vaiera (Juan), Varela Dias (Aurelio), Vega (Ricardo de la), Verdegay (Eduardo), Vioniti (Alfredo), Vinaixa (L.), Zahonero (José), Zamacois (Eduardo).

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Extranjero (Unión Postal), año. . . . . 10 francos. En Madrid y provincias, trimestre. . . . . 1,50 pesetas. Mano de 25 ejemplares. . . . . 1,50 » Número atrasado. . . . . 0,25 »

PAGOS ANTICIPADOS

Número suelto, 10 céntimos.

REDACCION Y ADMINISTRACION: SAN AGUSTÍN, 10

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Admitimos en esta sección anuncios telegráficos á los siguientes precios, por cada inserción y sin ningún género de descuentos:

Por un anuncio de una á 15 palabras, una peseta. Por cada palabra más, veinte céntimos. Las abreviaturas se cuentan como una palabra, y toda cantidad numérica que exceda de cinco cifras, por dos palabras.

El importe de cada anuncio deberá añadirse 10 céntimos de peseta por el impuesto del Estado. Los que quieran publicar en VIDA NUEVA un anuncio telegráfico remitirán el texto á la Administración, San Agustín, 10, acompañando su importe en metálico, sellos de correo, libranzas ó letras de fácil cobro con ocho días de anticipación á la fecha en que deba ser publicado.

Esta clase de anuncios es la más N. B. barata de todos los periódicos semanales de España

Vida Nueva

tira semanalmente 40.000 ejemplares.

CRÍTICAS SOCIALES

GENTE CONOCIDA

RETRATOS

DR. PEDRO RECIO DE TIRTEAFUERA

Se vende á una peseta en la librería de San Martín, Fuerte del Sol, y en la Administración de VIDA NUEVA.

A nuestros corresponsales y suscriptores con el 25 por 100 de descuento.

POLINA CHAPOTEAUT. Emagago delicado. Útilísimo á las señoras. La salud de las hermosas. París, 8, Rue Vivienne y en todas las farmacias del mundo.

JOSÉ MARÍA BERNIS

Centro de suscripciones de todos los periódicos de España. Puente de Piedra, 1, y San Roque, 2 TORTOSA

GRAND HOTEL

Calle de San Vicente, esquina á la plaza de la Reina (VALENCIA)

Este elegante y confortable establecimiento es continuación de la Fonda de España y está dirigido por M. José Gazalbou, antiguo gerente de la citada fonda.

A pesar de las circunstancias anormales por que atraviesa el país, en el Grand Hotel rigen los mismos precios que regian en el de España.

La agencia «Foreign Press Office»

se encarga gratis de la compra de mercancías de Francia; representación y referencias en toda clase de asuntos financieros, litigiosos ú otros. Escribir al Director

Boulevard Beaumarchais, 5, PARIS

DESTILERIA Á VAPOR

PARA LA

FABRICACIÓN DE COGNACS, ANISADOS, GINEBRA Y LICORES DE TODAS CLASES

GRANDES BODEGAS

DE

ADOLFO DE TORRES Y HERMANO MÁLAGA

Exportadores en GRAN ESCALA de pasas, higos, limones, uvas y toda clase de frutos secos y verdes del país

SUCURSAL EN MANZANARES (PROVINCIA DE CIUDAD REAL) FÁBRICA DE ALCOHOLES VINÍCOLOS LLAMADA

LA PERSEVERANCIA CALLE DE LAS MONJAS

el característico motivo de la jota popular, sin afeites; contrapuntado con toques de guerra y ruidos del cañón que rompen el ritmo periódicamente; con sus vigorosos contratiempos (musicalmente hablando); El sitio de Zaragoza es una bella concepción y su recuerdo oportunísimo.

Las guerras que comenzaron con marchas de Cádiz en todos los puentes y estaciones férreas de la Península, bien pueden terminar oyendo El sitio de Zaragoza en los Jardines del Buen Retiro colaborando a una tranquila digestión.

Hasta que venga y salte un músico mayor, ó más grande que los otros, que envidioso de estas gloriosas conquistas del mundo de los sonidos pretenda oscurecer marchas y piezas descriptivas creando el himno del porvenir.

Que puede venir sobre el Sitio de Santiago de Cuba ó del Real Sitio de San Ildefonso, y si no quiere permanecer ó quedarse en el Sitio y le tiran las cosas de mar: Una fantesía sobre motivos de la tragedia lírica Marina.

Aunque se le dedique a Auñón ó a Cervera, el oculto.

LUIGI.

La nueva carrera

Hago pública la conversación que sigue, para conocimiento de la juventud y de los padres que tengan hijos crecidos é ignoren lo que en ella se dice. Atención, que es todo sustancia.

Hablan, sentados ante la mesa de un café, dos chicos bien trajeados; el que suscribe, que no se halla lejos, finge leer un periódico y no pierde palabra.

—Lo que oyes—dice el más joven, que parece locas y decidido:—déjate de quebrarte la cabeza ampliando los estudios de tu carrera, y no pienses en esas malditas oposiciones, de las que no sacarás nada, pues ya estaría concedida la cátedra antes de los ejercicios. Cambia de bisesto y entra de lleno en la carrera nueva: es más brillante y socorrida que la de cacique, banquero, concejal ó fraile, que de todo eso tiene algo.

—Explícate al fin con claridad—responde el otro joven, cuyo aire es de provinciano;—¿se trata de algo relacionado con las letras ó las ciencias?

—¡Letras!... Letras de cambio, quizá, ó letras gordas, ó letras apóstroficas. Ciencia... la de vivir. En las carreras que conoces es larga, ó no, á la altura; en ésta, siempre: no hay honor profesional, ni grados, ni oposiciones, ni cosa que hacer más que dejarse llevar...

—Acabáramos; te refieres á la política.

—No. Algo tiene de eso, pero no eso precisamente, con la ventaja de no haber riesgos, ni trabas, ni gastos, y ser el éxito seguro; la riqueza, la posición, los honores, las consideraciones, todo lo tienes á mano.

—Hablas como Catilina á sus conjurados la víspera del combate.

—Digo la verdad, y... mira, aunque no se trata estrictamente de política, un poco hay de conjuración en esta carrera.

Los que la siguen forman una sociedad respetable científico-literario religioso-financiero-recreativa é industrial, cuyos miembros se producen casi uniformemente, como profesando idénticos principios.

—Eso tiene el carácter de una secta.

—No. En las sectas se profesan, en efecto, uno ó varios principios; aquí tan sólo se afecta adición incondicional á cuanto quieren arrastra, sin discutirlo ni apenas conocerlo; es muy cómodo, tanto, que la mayor parte de la juventud española que tiene noticia de tal carrera, no abraja ya más ideal ni esperanza en el porvenir que aspirar á meterse fraile: no hay otros caminos en la España fin de siglo.

—¿Tus amigos del pueblo habrán intentado; pero si hubieras podido tratándote á la buena sociedad de Bilbao, de Barcelona, Zaragoza, Valencia, Sevilla, las Vascongadas y Madrid, te habrías dado cuenta de este gran movimiento, cada día más poderoso y avasallador; ¡ay del que no lo siga ó intente resistirlo! Morirá en el valle. Todo joven listo que estudia algo, no lo hace ya por saber ni con el fin de conquistarse un puesto á fuerza de aptitud; ahora se va á clase por coreografía y se mira de corrido el libro, para obtener de cualquier modo un título, sea el que fuere, y hacerlo valer, por sí acaso, en esta carrera de que te hablo.

—¿Y me dirás al cabo cuál es y cómo se abraza y se sigue y...?

—Sí, hombre; si; no deseo otra cosa: voy á descubrirte el secreto, que lo es sólo para los infelices como tú, y pronto me darás las gracias. Sabe, pues, que yo he abrazado, y tú debes seguir también, la carrera de Luis.

—¿Luis qué? ¿No te estás bromeando?

—¡Bromear, eh? Ya verás. Digo la carrera de Luis ó hermano de San Luis Gonzaga, agrupación llamada los *Luzises* y compuesta de los que hemos adoptado el nuevo rumbo, el único que hoy puede llevarnos muy arriba.

—No te comprendo.

—Espera, que voy á explicarte. Todo consiste en echarse en brazos de uno de los Padres Jesuitas poderosos que dirigen la Sociedad de cada población. Te inicias siendo presentado por un adepto, haciendo confesión general con el padre que sea del caso é inscribiéndote en la Hermandad y en el Casino que le es anejo. Ya estás en la carrera. Ésta comprende varias clases: en la superior, que es la mía y la tuya, están los que tienen estudios y un título académico, ó carrera especial ó pergamino á falta de dinero. Vestir con elegancia, tener alguna habilidad, regular conversación, maneras, costumbres de mundo, y como cualidad excepcionalmente recomendable, ser guapo, lo más guapo que sea posible y atildado hasta la afirmación—varón, constituyen las prendas de rigor. Los conocimientos y el talento no son indispensables, más bien estorban. Una inteligencia superior y un saber profundo, son aquí mirados con muchas prevenciones como cualidades peligrosas; conviene, pues, ocultarlas. La friolidad es preferida. Un poco de música, hacer versos y peroratas en las veladas, gimnasia, bicicleta, sobre con eso. Porvenir: una cátedra con ó sin oposiciones; un juzgado; un gran destino en la Transatlántica ó la Tabacalera; el acta de diputado, la comisión productiva ó el negocio en grande escala; y antes ó después de esto, la indispensable boda con la joven rica, muy rica, de la clase de adscriptas (en esta carrera entra la mujer tanto ó más que el hombre) y si es pobre, llena de títulos nobiliarios y de protectores que abran á su marido todas las puertas.

Ya supondrás que esta boda no es jamás de elección... tuya, sino del Padre, que te la da todo hecho, y no tienes más que aceptar, sea la mujer joven, sea vieja, bonita ó fea, honrada ó con *tacha*; todo se ha de tomar á ojos cerrados como lo tiene la fortuna.

Segunda clase, la intelectual: escritores y periodistas, empleadillos, gente con trazas de clase media. Se subdivide en dos secciones, la de puros, que siempre aparentan tener las ideas de la corporación, y la de conversos, procedentes de la prensa avanzada ó racionalista, los cuales al iniciarse han de hacer retractación de los errores en público ó en secreto, según convenga. Obligaciones: los más listos, desizar artículos

con las ideas de la cosa en los periódicos más acreditados, y publicar algún libro; los adocenados escriben en *El Adalid*, en *La Lectura Dominical*, ó otros periódicos religiosos, bajo la dirección inmediata de los Padres. Porvenir: el destino, comercio, negocio, mayormente de casa grande, apoderación de señora adicta, ó escuela católica; todo en mediana condición y además la indispensable boda con hija legítima de tendero, ó bastarda de noble.

Ultima estofa: los casi inútiles. Sirven de *comulgadores*, esto es, comulgar á todo pasto, y asisten á las funciones, sermones, conferencias y actos públicos promovidos por los Padres, para hacer bulto. Deben ir con su familia. Ganancias: Treinta duros al mes, pagados en plazos no fijos, un destiño pequeño, las migajas, pero sabrositas, ¡vaya!

Leyes generales á todas las clases: Cada individuo puede pensar y vivir como le dé la gana, con tal que aparente odio al liberalismo, ideas jesuíticas y una moral intachable; ó no ser que por mandato especial se le oblige á pasar por ateo, inmoral y temeroso, para introducirse, donde conviene escribir en la cándida prensa radical y desacreditarla asustando á sus lectores, ó conspirar con republicanos, anarquistas, etc.

El gran mérito es *saber espiar*. No te fies del amigo más cariñoso, es un espía del Padre. Tú lo serás igualmente, celará á otro, y así todo se sabe.

Al que resulta peligroso ó inútil se le expulsa; hecho el vacío en su derredor, ya puede pegarse un tiro, porque jamás será nada. Este es el supremo castigo, pena de muerte... civil.

Por lo demás, puede ser imbécil, tanto mejor; inmoral, no importa; si nadie lo sabe ó si produce; canalla, falso, escéptico, muy bien, si guardas ciertas formas ¡ah las formas! Son el todo. ¿Quieres más libertad?

Se me olvidaba; ya casado, no te fies tampoco de tu mujer; te espiarán, la dirigen: donde quiera que la lleves, si es que te sigue, será un instrumento del Padre: con ella va ese influjo, pero ¡qué diablo también va la fortuna... ¡comprendes?

—¡Basta!—Exclamo con calor de las provincias, no quiero saber más. Veo que sois unos fanflocos movidos por gente que no conocéis y que os desprecia; que vivís en continuo espionaje, en escéptico nervante y en atonía moral desastrosa. Hampa enguataada y podrida. Siervos mercenarios, tentáculos de un pólipolus enorme que os adhiere ó hacéis el vacío, allí donde os mandan; organización anticristiana de un falso cristianismo, y milicia cuyas armas son el descrédito y la perfidia, que hieren al caído para que jamás se levante. Vuestros jefes se dedican á la explotación de la mujer por el hombre y de la familia... rica por cruzamientos como lo hacen los ganaderos en provecho de su industria. Así profanan lo más santo, lo más vigoroso y fresco de la raza, la esperanza de los pueblos, la juventud, que matan en flor secando su rica savia.

Si; oyéndote comprendo, me explico la inmensa depresión que padecemos, la hipocresía farisica imperante, el convencionalismo que nos atrofia y los desastres presentes, fruto de esa ponzoña. No, no, no quiero suicidarme.

—¿Qué tanto! Ya te enarrazás de ese lirismo, ó no serás nada. Créeme; vente con nosotros, hazte Luis, y verás.

—He visto ya demasiado. Cuando me hablabas como Catilina, aún pude vacilar; ahora siento náuseas al oírte decirme como Claudio Frolo á su hermano: *Hacedos *campesinos**... Y no quisiera tampoco escuchar más un servidor de ustedes.

Pto. QUINTO.

PREDICAR Y DAR TRIGO

[Dale menos rosario y más harina, ó irá tras ti la grey, dulce Prelado! Ya no basta el sermón. La hora ha sonado de dar con picatostes la doctrina. Donde hay hambre y dolor, todo es mohina. ¡Pensalo así Pastor y pon cuidado, en que paces y se nutra tu ganado, y abriere en la corriente cristalina. Los hambrientos ó luchan ó hostezan; y si en lugar de pan das oraciones, tendrán tu caridad como castigo... ¡Si les das de comer, verás cual rezan; que hoy es el ideal de los sermones, más que predicar bien dar mucho trigo!

J. JURADO DE LA PARRA.

Frescura yankee

Asómbrese la gente de que en el encuentro de la escuadra del contralmirante Cervera con la de Sampson no figuren los norteamericanos con más bajas que un muerto y dos heridos.

Es necesario tener la noticia en eurentena hasta que se compruebe de modo que no deje lugar á duda, pues en esto de maravillas en las batallas, tienen nuestros enemigos precedentes que no hay que olvidar.

Como testimonio de nuestra afirmación, y de la frescura norteamericana, podemos citar unos cuantos hechos que constan en las historias de aquel país.

El 9 de Febrero de 1799, lucharon la fragata francesa *Insurgent* y la norteamericana *Constellation*; en los libros se señalan 73 muertos y heridos á los franceses; á los yankees ¡tres heridos!

La misma fragata *Constellation* se batió en 1800 con la francesa *Vengeance*. A sus enemigos atribuyeron los norteamericanos 160 bajas, mientras á ellos ¡un muerto y un herido!

En Agosto de 1810, en el combate de la fragata norteamericana *Enterprise* y un buque tripolitano, dicen los historiadores yankees que su enemigo tuvo 50 muertos y heridos. Ellos, ¡ni un herido siquiera!

La fragata norteamericana *United States* derrotó á la inglesa *Macedonia* el 25 de Octubre de 1812, y en tanto los ingleses perdieron 106 hombres, los otros ¡dos muertos y cinco heridos!

El 1.º de Septiembre de 1814, combatieron el *Wasp* y el *Avon*, ingleses. Los historiadores yankees dicen que el enemigo tuvo 40 muertos y 60 heridos. En el *Wasp* hubo solo ¡dos muertos y un herido!

Otros dos barcos de las mismas naciones, el *Hornet* y el *Penguin* se acometieron el 23 de Marzo de 1815. El primero norteamericano, no tuvo la avería más insignificante, y sacó del combate ¡once heridos! mientras los ingleses quedaron prisioneros después de haber visto hundirse su navío acerbillo por los cañones del enemigo.

Perry derrotó á una escuadra inglesa en el lago Erie, en 1814; y los norteamericanos aseguran que en la batalla, los ingleses perdieron 1.000 hombres y ellos ¡quince! Y una cosa parecida cuentan del combate de Nueva Orleans en Enero de 1815, pues los ingleses sufrieron la pérdida de más de 3.000 hombres y los norteamericanos la de ¡ochos!

Véase cómo existen razones que aconsejan esperar á que se haga luz en el choque, para nosotros desdichado, si se quiere saber la pérdida que tuvieron los yankees, aficionados de antiguo al empleo de lo maravilloso.

IMPUESTO

El ingenioso Juan Bascoña propone un impuesto. A todo individuo, hombre ó mujer, que con sus rentas propias, procedentes de bienes inmuebles, valores, pensiones, ejercicio de profesión, comercio ó industria cualquiera, reñiese un haber anual de más de 2.000 duros le obligaría á embobecerse. De 2.000 á 4.000 duros le rebentaría que adquirir un título de barón, de 4.000 ó 6.000, de vizconde; de 6.000 á 7.500, de conde; de 7.500 á 12.000, de marqués; de 12.000 en adelante, duque. A la obtención forzosa de cada título quedaría señalado un derecho de cancellaría muy crecido y proporcional, sin contar la contribución anual por dicho concepto. Establecería además una támbola anual de grandes cruces, con billetes obligatorios para todos los ciudadanos que gozasen de una renta superior á 3.000 duros. De cada 100 billetes habría uno señalando una gran cruz; dos con derecho á encomiendas y tres de cruz sencilla. Los favorecidos en esa lotería pagarían naturalmente los lotes que les cayesen encima.

Gagta

D. Cáglos de Bogbón

Al hacemos eco de la angustia voz del Duque de Madrid, nos hacemos eco también de su excoelo, purísimo y castizo acento español, y por eso, y para que nadie dude de la autenticidad de sus palabras—aunque nosotros no seamos los llamados á dar fe de lo que nos impugna un *gábano*—hemos puesto en la forma que arriba se lee el encabezamiento del siguiente documento, el cual seguramente dejará en extremo chasqueados á muchos lectores que esperaban algun prodigio político y literario.

La cosa, como puede verse, no puede ser más simple. Esta misma simplicidad nos persuade á creer que no somos víctimas de una *apercheria* ó mistificación.

Señores Redactores

de VIDA NUEVA.

No con indignación, ni con irritación, ni siquiera con enfado, he leído el artículo titulado de *El aburrido de Venecia* que se inserta en el tercer número de ese semanario. Estoy y costumbrado á mayores ataques y lo mismo en clase de Príncipe que afilato privado, los he dejado siempre correr, en cediendo siempre á mis amigos leales el cuidado de rectificar ó impugnar lo que no los haiga parecido bien.

Pero por esta y única vez la sorpresa que me causó la lectura de dicho artículo se pone por encima de aquella costumbre mía de responder con el silencio de la Dignidad á los ataques de la *ynjusticia*, y á fin de que los españoles sepan que el más calumniado de los Principes no desecha de acudir al establo (1) de la Prensa hasta invocando, como lo hace, los derechos que la ley de *ynpugna* concede á la más humilde de los ciudadanos, es por lo que ruego á Vds., señores redactores, que agasaten estas *lines* en su periódico, para hacer costar que si me he diferenciado todo lo que Don V. Blasco Ibañez opina de mí; Persona y de la señora Duquesa de Madrid, no debo dejar pasar en silencio el *perro* que copio y es así:

«Nunca como al ver de cerca á ese hombre que tan tristes recuerdos evoca, al rozarme con él en medio del grito, he comprendido la sublimidad de esos medios violentos del regicidio que, vistos en la historia á través del tiempo y lejos de las circunstancias, resultan muchas veces odiosos. Entonces comprendí que hay tantos ó puñaladas que pueden resultar santos si librán á toda una nación de la guerra civil y evitan que el comerciante se arruine, el agricultor perezca de hambre y centenares de miles de madres se vean de luto, todo por culpa de un solo hombre.»

A estas indirectas, la calificación de las cuales dejará al criterio de Vds. mismos, señores Redactores, he de contestar con una frase histórica que ni la puñalada que haiga de atravesarme ni el tiro que habrá de acabar con Migo, se han forjado todavía en el mundo, pues reservando Dios nuestro Señor, como evidentemente me reserva, para que D. V. Blasco Ibañez escriba, y no tardará mucho, otro artículo que será como la segunda parte de lo de *El aburrido de Venecia*, y el cual se titulará *El divertido de Madrid*, las puñaladas y los tiros que me tirasen se volverían contra los mismos pechos de los que intentaran tal rejicido, así bien que las flechas que disparaban los moros contra mí antecesor Don Pelayo se volvían en contra de ellos mismos por la gloriosa intervención de Nuestra Señoras de la Cueva de Covadonga.

Son, pues, señores redactores, muy inútiles aquellas predicaciones sobre la sublimidad de ciertos medios violentos, porque Dios vela sobre los suyos, y Yo soy el Primero de ellos como lo tengo bien probado desde mi primera aparición en el glorioso Combate de Oroquieta hasta mi subida en globo en París con la bajada consiguiente, en todo lo cual, tan peligroso como está bien sabido, sea visto que andaba bien metido el Dedo de la Providencia Ella libre á ustedes del error y les proporcione el bien que les haga falta.—Ostende (Parque y Hotel Otricoli), á 6 de Julio de 1898.

EL DUQUE DE MADRID.

Contra-comunicado

Leo en el último número de VIDA NUEVA que en el, próximo va á insertar un comunicado de D. Carlos. No sé hasta qué punto hacen bien mis queridos compañeros en dar esa prueba de imparcialidad tratándose de semejante tipo; mas valga por lo que valiere, yo les ruego que á continuación del comunicado estampen los juicios que en diferentes ocasiones ha merecido á hombres importantes de su bando, y que entresaco de los folletos *Los crímenes del carlismo*, donde al por mayor se contienen.

Castell, hablando con Dorregaray: «Nos ha caído un rey, que ni para las ranas vale. ¡Y pensar que queremos regalárselo á España para hacerla feliz! Mil veces prefiero la demagogia más desenfrenada. Y no digo esto porque ahora está lejísimo, pues del mismo modo se lo oferté un día por escrito.

(1) Así parece leerse en el original que obra en nuestro poder, pero como la letra no es muy clara, suposamos que el señor Duque habrá querido poner *estudio*.—N. de la R.

Al principio de la guerra le mandé un papel donde le cantaba las verdades más duras. Crean ustedes que es una mala vergüenza tener por rey á D. Carlos.»

Gamundi, se expresa de este modo:

«No hay muchos que conozcan bien á D. Carlos... D. Carlos es tonto, bestia, animal, majadero, fatuo, deslenguado, imbécil, cobarde, envidioso, lujurioso, glotón, vanidoso, traidor, bajo, ridículo, bárbaro, tuno, hipócrita, desleal, embustero, miserable... ¿qué sé yo todo lo que es? En un año no acabaría si quisiese contar todos sus defectos y malas cualidades, y antes me faltarían las palabras que la materia. ¿Y los que le rodean? ¡Qué corte la de Estella, y qué tipos y qué hatajo de perdidos! Si yo no hubiese puesto la boina en la primera guerra, á fe que ya hubiera plantado esto y vuelto á Francia donde paso dirinamente el tiempo repicando el fandango y pescando con caña. Pero hice la primera trastada, y ahora la honra exige que continúe disparando. Pues ¡viva Carlos VII, y caiga Carlos VII en el descrédito!

D. Carlos es capaz de todos los vicios, de todos los crímenes, de todas las maldades, de todas las ingratiades, de todas las ridiculeces, de todas las canaladas que se pueden imaginar, y aun de muchísimas más. Desde que despierta hasta que se duerme no piensa sino en cómo hará daño á uno ó á otro; qué mal dirá de éste; qué partida serrana podrá hacer á aquél; cómo se desahará de uno; de qué modo convertirá al otro en perro rabioso; si podrá deshonrar pronto á fulano; qué emboscada tenderá á zutana y mengana; y así siguiendo. No se ocupa de política, ni le importa mucho subir al trono; se divierte con nosotros como con las mujeres y los cortezanos; no tiene por muñecas suyas, y se entretiene en vestiros y desnudarnos, mimarnos, romernos y tirarnos sucesivamente. Esto lo sabemos todos los carlistas; pero yo lo digo porque soy de Maella; y tanto se me da que D. Carlos lo sepa, como que le ignore. Al fin y al cabo, ¡no dice él de mí que tengo fe en D. Carlos? Pues el mismo derecho tengo yo para decir el alma que él tiene.»

Dorregaray, á pesar del cariño que profesaba á D. Carlos, al verse abandonado en el Centro y calumniado por él y su *asquerosa* camarilla, no podía por menos de exclamar en el seno de la confianza:

«No espero nada, porque conozco las cosas. Mi trabajo y fortuna me han hecho en el Norte muchos enemigos acérrimos, y entre ellos uno de quien lo tengo todo, á pesar de lo que me debe; sin éstas las demás enemistades me tendrían sin cuidado; pero esta es terrible, es desmitada, es implacable, es sangrienta, es feroz; y aunque no la temo, porque con la razón no temo nada ni á nadie, confieso que puede echarme á perder.»

Y queriendo disculpar al Pretendiente, añadió:

«D. Carlos no ha sido educado cual conventa, y ahora los que le servimos lo pagamos. Apenas un carlista se distingue, el rey toma celos de él; imagina que hace poca figura á su lado; le teme, lo observa y hace espiar; pesa sus palabras, desconfía de sus expresiones y actos más inocentes; supone que quiere imponerse; le coge odio, lo detesta, lo aborrece, le declara sordamente una guerra á muerte; lo compromete de mil modos; fomenta contra él todas las envidias, todas las contrariedades y obstáculos, y no sólo lo hunde, sino que, al verle caído, lo insulta y deshonra. Pero esto no se puede decir en voz alta, porque los liberales lo aprovecharían. Esto debemos saberlo nosotros para nuestro gobierno.»

Mendiya comentando la prisión y causa formada á Dorregaray de orden de D. Carlos:

«Creíamos que D. Carlos era un hombre, y hemos hallado que ni tiene sombras de tal. Todos somos víctimas de su carácter perverso. Lo peor que podemos desear contra nuestros enemigos, es que se hagan carlistas.»

Savalls, después de haber juzgado durisimamente á D. Alfonso y Doña Blanca.

«El mismo D. Carlos, ¡no es tan malo como ellos? Y Doña Margarita ¡vale algo más por ventura? Es enfermedad de raza; Dios los ha hecho á todos así, y no pueden ser otra cosa. ¿Qué tipo D. Carlos! ¡qué necio! ¡qué tonto! ¡qué presumido! ¡qué vicioso! ¡qué perdido y majadero! En mi vida he visto cosa igual. D. Alfonso es tan bueno como él, pero como tiene menos fatuidad, no choca tanto. ¡Pero D. Carlos...! Si ese hombre no es más que una pícara caricatura del género humano! Cuando ahora le vi en Estella, no abrió la boca que no rebuznasas é hicieses *jmul jmul jmul*! Si le hablaba de mis operaciones, contestaba *glorificat in matines*, como decimos los entalenas.

D. Indalecio del Caro, refiriéndose á la conducta de D. Carlos con Cabrera:

«Ni una sola frase de afecto que no quiera decir, te necesito; ni de Rosas Samaniego, dice: «Un excarlista á quien no tengo el gusto de conocer, acaba de publicar un bello folleto, en el que dice: »Yo conozco un defensor de la causa tres veces santa de Dios, Patria y Rey, que tiene arrojados á una silla que existe en los alrededores de Estella centenares de hombres, mujeres y adultos, sólo por delitos imaginarios, sin formación de proceso, sin ninguno de los auxilios espirituales, y estos hechos son conocidos de todos, incluso el mismo D. Carlos.»

Y más adelante, para probar la intimidad de don Carlos y de Rosas Samaniego, dice:

«Un excarlista á quien no tengo el gusto de conocer, acaba de publicar un bello folleto, en el que dice: »Yo conozco un defensor de la causa tres veces santa de Dios, Patria y Rey, que tiene arrojados á una silla que existe en los alrededores de Estella centenares de hombres, mujeres y adultos, sólo por delitos imaginarios, sin formación de proceso, sin ninguno de los auxilios espirituales, y estos hechos son conocidos de todos, incluso el mismo D. Carlos.»

Y es verdad—añade Caso;—yo también conozco al monstruo. Hallé una tarde en Peñate; él salía de la casa del rey cuando yo entraba. Un teniente coronel me dijo:—¿Sabe usted quién es éste?—No, señor.—Va usted á oírle.

«Era Rosal Vento por una especie de patente para cobrar contribuciones en Huesca; así lo dió á entender con monosílabos, porque apenas habla. Cabizbajo y de un color cetrino amarillento, mirada errante y actitud de miedo, se le veía como receloso de encontrarse á cada paso la venganza.»

—¿Y este hombre—pregunté á un oficial—entra en la casa del rey?—¿Que sí entra?—me dijo.—Ayer comió con S. M.—Pero ¿es cierto lo que dicen de él?—Sí, señor.—¿Cuántas víctimas habrá hecho?—Sobre docientos, y él siempre el *fiscal*, el *juez*, el *verdugo* y el *enterrador*.

El capellán de guías me dió luego detalles de una ejecución hecha por Rosa, en la que él como sacerdote había tenido que auxiliar á la víctima, y sus informes me horrorizaron.

Con esta impresión hablé á D. Carlos aquella misma

noche, y por ver el efecto que le hacía, nombré al monstruo. No olvidaré jamás el *divertido* lance que S. M. me refirió, apurando una copa de *chartruse*.

«... no sé quien, un hombre, un español lanzado á la silla, quedó agarrado á un arbusto pidiendo misericordia; y mientras él más gritaba, Rosa con mayor empeño le tiraba piedras enormes, hasta que, acertando una vez, lo arrojó al precipicio.»

Esto lo negará D. Carlos; pero no negará que en su alojamiento entraba y salía Rosa como un caballero, y que, llevando pantalón de *oficial de caballería* y dormán, los centinelas de S. M. saludaban respetuosamente al asesino.

Se puede retar á todos los oficiales carlistas á que prueben que allí, hasta hace un año (esto se escribió en 1875), se ha fiestado y llevado á efecto una sola sentencia de muerte con arreglo á ordenanza.

Podría llenar tres números enteros de VIDA NUEVA con recortes por el estilo; pero como esas bastarán á mí propósito, me limitaré, para que se acuerde quién es ese rey (?) que aspira á velar por nuestra honra, vengarnos y hacer nuestra felicidad, á copiar un trozo del discurso del abogado Ronchetti en la causa del célebre robo del toisón.

«Ronchetti.—Yo no os hablaré, señores Jurados, de la guerra cruel y asoladora que ese hombre ha hecho á su país por su ambición política; no os hablaré de los horrosos asesinatos que en su nombre cometieron Rosas Samaniego, el cura Santa Cruz, Savalls y tantos otros; no os hablaré de su ignorancia, cobardía y corrupción por proverbiales; no os hablaré de sus galanteos con mujeres casadas, de las doncellas que ha violado en el Norte de España, de las casadas que ha deshonrado; de su vida en París, en Viena y Rumania; de la aventura en una ciudad del Danubio, donde una meretriz, para hacerse pagar, le robó los dientes postizos...»

(El público prorrupe en grandes carcajadas. Las señoras no pueden contener la risa.)

Presidencia.—[Esto es intolerable! Señor abogado, no puedo consentir que su señoría continúe en este terreno.

Ronchetti.—Una sola cosa os diré, señores Jurados, una sola, y tenida bien presente. Era en Filadelfia, pocos meses después de terminada la guerra. Don Carlos había pasado á América para lucir en los Estados Unidos las glorias adquiridas en España, y allí había frecuentado la casa de una mujer á quien por decoro tratamos de señora. Una noche, no pudiéndole pagar, se quitó del dedo una sortija y la pone en el de aquella mujer perdida, en pago de su trabajo. En aquella sortija se leían las palabras Carlos Margarita y una fecha. Era, señores jurados, la sortija nupcial de don Carlos, la sortija sagrada del hombre que contrae matrimonio.

(Gran sensación; la multitud se agita; las señoras apenas pueden contener un grito de indignación.)

Ronchetti.—Y para que el escarnio, señores Jurados, fuese mayor; para que la última institución del matrimonio quedase más perseguida, D. Carlos, el defensor del altar y el trono, el representante de la religión, dijo á aquella mujer: «Un día me sentaré en el trono de San Fernando; un día seré rey de España. Presentaos entonces en Madrid con esta sortija; llamad á mis reales palacios, y os concederé lo que pidáis, sea lo que fuere.» [¿Quién, pues, ¡oh, señores jurados!, se atreverá á negar que el infame que ha hecho esto ha podido también fingir el robo del Toisón?]

(Sensación general en todos los bancos y galerías; movimientos de indignación.)

Y copiado esto, quedo aguardando á que se me exija á publicar otras opiniones de *carlie* sobre ese señor del comunicado.

José NAKENS.

LA VANIDAD NACIONAL

Dice el *Diario de Barcelona*: «La vanidad nacional nos expone en esta ocasión, como en otras muchas anteriores, á dejar lo cierto por lo dudoso. En el siglo XVII perdimos á Portugal por nuestro empeño en conservar Flandes; al fin lo dejó D. Luis de Haro, pero era ya tarde. En el XVII, perdimos Gibraltar por no dejar Nápoles, resultando de ello que nos quedamos al fin sin Nápoles y sin Gibraltar. Pues ahora por conservar Cuba y Filipinas nos exponemos á perder también Puerto-Rico, Canarias y nuestra hacienda además.»

«No parece sino que nunca hubo antes otras naciones iguales y aun mayores que la nuestra, las cuales han perdido colonias y provincias sin exponerse á la ruina.»

«Inglaterra, perdió los Estados-Unidos; Francia, el Canadá y la India, ó sean todas sus colonias, en el siglo XVII; la misma España, todo el continente americano; Francia, ahora, Alegría y Lorena; Austria, la Lombardía y el Veneto después de la sola derrota de Sadova; Dinamarca, los ducados del Elba, que poseía desde el siglo XVI; Rusia abandonó toda su política oriental después de haber perdido Sebastopol, y Turquía no puede contarse lo que ha perdido.»

«Por consiguiente, no hay que preparar tantos papeletos de lágrimas, ni gritar el *finis Hispania* por la pérdida de Cuba y Filipinas. Esto parece tanto más exagerado cuanto tales islas, moralmente, ya no nos pertenecen. ¡Y vamos á derramar sangre y á arruinar á España por conservar gentes que no nos aman, que todo lo más desean, como los autonomistas cubanos, que España gaste en defenderlos para que ellos hagan allí de mandarines y se den importancia? A unos y otros les diría yo lo que Luis XI á los genoveses una vez que querían darsle á él: «Ustedes se dan á mí; pues yo doy ustedes al diablo.»

«Allá se las hayan, pues; y ya que por tanto tiempo han minado el poder de España, que ensayen ahora la independencia mulata ó el dominio yankee.»

¡Pobrecitos!

Para que se vea si son justas las reclamaciones de los que no poseen contra la fiebre acaparadora de los grandes terratenientes, no hay sino entenderse de los datos que van á renglón seguido. Ellos demuestran que la novena parte del suelo trabajado en Alemania pertenece á *quince caballeros*.

El príncipe de Fugger posee 110.000 hectáreas; el príncipe de Wied, 110.000; el duque de Ratibor, 140.000; el príncipe de Lowenstein, 140.000; el príncipe de Benheim, 140.000; el duque de Leuchtemberg, 140.000; el príncipe de Leiningen, 160.000; el príncipe de Pless, 165.00

desvela, ni el riesgo lo conmueve, ni se preocupan de la contingencia de que una bala haga pasar á algunos del sueño á la eternidad. Todas las noches ocurre lo mismo, y la verdad es que no vale la pena de privarse á diario de las cortas horas del descanso por miedo á la muerte.

Sólo cuando el enemigo aprieta mucho se interrumpen el sueño; y eso porque los jefes vienen á levantarlos para rechazarlo y evitar que los insurrectos lleguen donde el ganado se encuentra y lo acuchillen ó lo ayuten en el fin de inmovilizar el convoy. En tales casos, medio dormidos y entumecidos requieren los fusiles que tienen al alcance de la mano, corren, borracho de sueño, al sitio de la lucha á reforzar las avanzadas, sin pensar en el fuego ni en el peligro, sino preocupándose tan solo la idea de que aquello duro para seguir durmiendo, para volver á tender el mollido cuerpo en el cieno que se aprovecha como si fuera sibarítico lecho.

Un cuarto de hora, media hora á lo sumo, suele bastar para rechazar el achuchón, y cada uno á su sitio á dormir de nuevo. Algunos no vuelven; algunos quedan en la lúda del campo, pero también duermen: una bala les ha proporcionado eterno sueño. Y muchos les envidean, porque al otro día, y al otro, y al otro, y al siguiente, no tendrán que echar á andar con el convoy. Para ellos se acabó el hambre y la sed, acabaron los aguaceros y el sol que derrite los sesos, y el cargar con la acémila, y el empujar las carretas; para ellos se acabaron los estremecimientos de la fiebre, los pinchazos de las mayas en las piernas y las úlceras; ya no tendrán que agotar todos los días las fuerzas físicas y las energías morales; ya no tendrán que estar horas y horas anda, anda y anda, para avanzar en quince horas legua y media ó dos leguas. No verán su pueblo, es verdad; no volverán á abrazar á su madre ni podrán dar un beso á la novia; pero, ¿acaso los que sobrevivieron hoy lograrán nada de esto?... Si al fin han de dejar en la manigua su carne para las aves rapaces y sus huesos para que blanqueen la tierra, ¿no fuera mejor acabar pronto y ahorrarse trabajos y fatigas?

Pero estas reflexiones duran poco, lo que tarda en venir el sueño, y al día siguiente estos mismos hombres emprenderán la marcha bromeando en medio de la oscuridad, pues no se puede esperar á que salga el sol, que es muy pereoso y no madrega bastante; y cuando al fin llegue la luz, unas la saludarán con la alegre jota, otros con seguidillas, aquí con malagueñas. Esos, esos son los jóvenes hijos de la vieja España; esa es la raza viril de nuestra tierra; el nervio de esta nación, que en ellos habrá de buscar fuerzas si no quiere morir.

El descanso no dura sino hasta las dos de la madrugada. A esa hora la escandalosa corneta rompe el silencio de la noche. Entre tinieblas comienza á moverse aquel hormigero humano, y pronto se oyen voces y gritos por todas partes. Los conductores de las acémilas van por las suyas, buscan los boyeros á tientas las yuntas, relinchan los caballos de los oficiales, pelean las mulas unas con otras, lanzando á su vez coléricos relinchos, mugen los buyes, reniegan los acémilleros revueltos con el ganado sin encontrar lo que buscan entre aquella masa que cocea, se encabrita, pateaba y muerde; maldicen los carreteros al no hallar los tiros á encontrar muero de fatiga algún buey; voces de mando, juramentos, gritos, forman una espantosa algazara. Comienza á moverse el montón enorme de la columna por las acémilas, que se cargan para irse separando unas de otras, cuando no han quedado tendidas á lo largo del camino en interminable rosario por falta de tiempo é imposibilidad de reconcentrarse á través de un terreno empantanado. Va haciéndose poco á poco el orden en aquel maremagnum de hombres, bestias, carros y cargas; van llegando las yuntas y las acémilas; se van uniendo aquellas y cargándose éstas; la aurora que comienza á apuntar, difunde una indecisa luz anémica, una tenue semicircular opaca y cenicenta, en la que no se ve sino el confuso rebullir de la animada masa. Agrápanse las compañías, rompen la marcha una cuantas que sirven de vanguardia, se dividen otras, marchando seis ó ocho hombres al lado de cada carreta para ayudar á los conductores en los pasos y en los ataques, fracciona-se el convoy en secciones, y tras de cada una marcha la escolta especial de ella; se reúnen las fuerzas que componen el grueso de la columna, las que han de formar la fuerte retaguardia encargada de dejarse despedazar para que el enemigo no llegue al convoy, se destacan por derecha é izquierda patrullas que flanquearán la marcha subiendo á un cerro, bajando á un barranco, trepando á gatas peñas arriba, agarrándose con pies y manos á las breñas y llevando el fusil á la espalda, abriéndose paso entre la maleza á fuerza de machetes, sufriendo á todas horas durante la larga jornada el fuego que vomita el bosque, sorprendiendo aquí una emboscada y cayendo más allá en otra, marchando sin zapatos, con las ropas desgarradas, azotado el rostro por las ramas y enredándose los pies en raíces y bejuques, cayendo y levantando, chorroando el agua que cae de los árboles chapoteando en los charcos.

Tres horas hace que rompió la marcha la cabeza del convoy; y aún pasarán dos más hasta que eche á andar la cola; ya salió el sol, un sol tropical del mes de Agosto que abrasa y ahoga, un sol tan fuerte que anuncia el aguacero para el mediodía, el torrente desgajado del cielo, que llegará cuando los cuerpos humeeen de calor, cuando el sudor corra por todos los rostros.

Al fin, aquella culebra enorme, que ocupa tres leguas de cabeza á cola, pone en movimiento todos sus anillos, que suben al collado y bajan al valle, que rodean el monte y atraviesan el río; anillos que á cada paso se quiebran y desagregan. Aquí, un tiro que se rompe do tiene un carro, y con él todo lo que detrás viene; allí, los buyes, que el calor asfixia, caen y entorpecen la marcha de lo que sigue; más lejos, una carreta se atasca en un fangal, de donde al cabo de media hora sale á fuerza de buyes y de hombres, y así, el celebrón se va alargando y alargando, y ya no forma una línea continua, sino una sucesión de rotos pedazos, en los que se brega, se jura y se maldice.

Y adelante, adelante, parando y arrancando. Y llega el enemigo, y á luchar, y á batirse; y vuelta á andar, y vuelta á parar, y vuelta á combatir.

Y así un día y otro y muchos; y por descansar, al llegar la noche, otro alto como el de ayer, como el que vendrá mañana.

J. DE E.

Madrid, Julio 98.

## Así se cae

Después de haber bombardeado diferentes puertos chilenos, regresaban tranquilamente á las aguas de su nación, los buques de guerra peruanos Huascar y Unión. El primero era un acorazado pequeño á cuyo bordo iba el almirante Grau, y el segundo una corbeta.

La noche serena, y el mar en calma, contribuían á la tranquilidad de ánimo de los marinos peruanos. De pronto, el serviola que iba á prou en el Huascar, divisó una luz. Supúsose que se trataba de una estrella perdida en la bruma de la noche. Un examen más atento del horizonte convenció á los marinos peruanos de que tenían á la vista el buque chileno Cochrane. Los peruanos intentaron huir y ya se creían en salvo, cuando de allí á poco advirtieron que el barco chileno los perseguía de cerca. Entonces, el almirante Grau resolvió afrontar el combate. Á las nueve de la mañana, los buques beligerantes estaban á 3 km.

El almirante Grau dió orden á la corbeta Unión que tratase de huir, y entretanto, el acorazado de su mando rompía el fuego contra el Cochrane. Estrechándose las distancias hasta limitarse á 500 m., lo que permitió á uno y otro buque utilizar los cañones de tiro rápido. Los disparos fueron numerosos. Caían los tripulantes del Huascar muertos y heridos sobre cubierta, é inmediatamente eran reemplazados por otros marinos dispuestos á batirse denodadamente. Una bala del Cochrane dió en la línea de flotación del buque peruano, y al mismo tiempo, los artilleros de éste lograron desmontar el cañonazo limpio una de las piezas más formidables del enemigo. El pánico que se produjo en el buque chileno fue grandísimo, porque, las balas del Huascar habían matado mucha gente. Se hizo un silencio en el Cochrane, y en quince minutos no partió de allí ningún disparo. El almirante Grau creyó al pronto en su triunfo. Disponiase á ordenar una maniobra, cuando le llamó la atención un disparo hecho sobre el Huascar, por el costado de estribor.

Miró en la citada dirección y advirtió que los buques chilenos Blanco Escalada, Matias Cussín y el Covadonga, que empuzaban, el primero un fuego horroroso contra el buque peruano, y los otros dos restantes una persecución activa de la corbeta Unión. Entonces el almirante, considerándose perdido, resolvió luchar hasta el fin, vendiendo cara su vida y la de su gente. Del Cochrane partió un jhurral al divisar á los buques chilenos. Estos, en línea de combate, cogieron al Huascar entre dos fuegos. Los instantes eran de una solemnidad trágica, indescriptible. Las cofas de los buques, y antes que todas las del Huascar, estaban cubiertas de cadáveres, hasta el punto de ser casi imposible que nadie supiese é reemplazase á los combatientes caídos.

Las distancias entre los buques se acortaban por momentos. Los adversarios se veían las caras. Á bordo del Huascar, los que peleaban sobre cubierta, recibían en sus cabezas la sangre de sus compañeros muertos y heridos en las cofas. De cuando en cuando oíase á bordo del Huascar la voz animadora del almirante Grau que decía: ¡A las baterías mi gente! ¡A las cofas! ¡Adelante!

Trascurrieron quince minutos, aquella voz viril é entera dejó de escucharse. El oficial de turno llamó á su jefe, y como advirtiera que no contestaba, llegóse al puente. El cadáver del almirante Grau, con la cabeza separada del tronco, yacía á pocos pasos. Á su lado, y muerto también, estaba el ayudante Ferrer. El oficial aludido dispúose á tomar el mando. Entró en la torre blindada, aplicó los labios á la bocina para dar órdenes y en aquel instante una granada chilena estalló cerca de él. Un nuevo cadáver que se llevaban los proyectiles del enemigo. La torre quedaba destruida. Subió á su vez el teniente Palacios abriéndose paso por entre los cadáveres de sus compañeros, y de allí á poco recibió un tiro en la cabeza que le acabó la vida.

El oficial Pedro Garzaín, cuarto comandante, tomó el mando é intentó una maniobra que le permitiera huir. ¡Avante!, gritó á los maquinistas por la bocina. El buque no se movió. Un marinero se encargó de dirigir al comandante que lo mismo el timón que la máquina carecían de gobierno. Á todo esto, el único cañón que quedaba á bordo del Huascar no funcionaba porque los cadáveres acumulados sobre cubierta se lo impedían. Muerto el médico mayor en el combate, los cuatro médicos restantes se ocupaban en curar á los heridos de mayor urgencia. Una bala de cañón, reventando entre los heridos, se encargó de igualar la condición de los médicos á la de los pacientes. Todos eran ya cadáveres. De la tripulación del Huascar no quedaba sino muy escasos marineros, el personal de servicios y cocina y algunos fogoneros. De allí á poco se hundió el palo mayor y nuevas víctimas cayeron sobre cubierta. El Huascar ardía. En el puente el comandante Garzaín daba voces de ¡fuego!, ¡ya disparar! Se produjeron escenas de abordaje, y la lucha cuerpo á cuerpo revistió formas heroicas y crueles. Para colmo de horrores, el Huascar comenzó á hundirse y no tardó en escorar de una manera peligrosa para sus escasos supervivientes. Más tarde, cuando fué apesado por los buques chilenos, el Huascar era una masa de hierro maderá y sangre...

Así concluyó el combate.

ENRIQUE ELORRIAGA.

\*\*\*\*\*

## Que se lea

y se comente, aunque el lector no escarmiente

Ahí van unos parrafillos, que pueden pasar por parrafazos, del Diario de Barcelona:

«Levanta en el espíritu de las gentes imparciales tempestades de ira la lectura de los periódicos populares, que estos días, desentendiéndose de cuanto han escrito en los últimos meses, pretenden cargar todas las culpas á los gobernantes, y á los políticos en general. No puede ni debe negarse que los gobernantes han procedido mal no evitando un tan deplorable estado de cosas, pero no es menoscabo de los periódicos, con su ficticia información y su afán de crear situaciones interesantes por aumentar su tirada, explotando en beneficio propio las desdichas de la patria, tienen una gran parte de la culpa de lo que nos está ocurriendo. Ellos, y nadie más que ellos, fueron los que primero nos dijeron que los americanos no tenían ni marina ni ejército organizado, y en su consecuencia nos pintaron como cosa sencilla y llana la victoria; ellos, y nadie más que ellos, publicaron bajo el epígrafe de *Baladronadas é infundios yankees*, los anuncios que respecto de la marcha de la guerra hizo el enemigo, anuncios que se han cumplido con la precisión de un programa de espectáculo de circo.»

Que se lea y se comente, aunque el lector no escarmiente.

\*\*\*\*\*

## Un héroe

—Por la libertad y por la democracia!  
—Propongo que el ramo del centro se ofrezca á la señora de...

Con estas palabras terminaba «en medio de estrépitos aplausos y delirantes aclamaciones» (así lo dijeron varios periódicos del partido al día siguiente), uno de los mil y mil banquetes políticos que todos los años se celebran en los cafés de la villa y corte para recoger é fundistas y falsificadores de champagne barato...

Era un día del mes de Noviembre del año 1892. Los electores del distrito de Palacio se habían reunido en primer lugar para comer, en segundo para beber la *Champaña* (como decía uno de ellos), y con objeto de acordar por fin, y tras frecuentes libaciones, que la libertad estaba de capa caída, sino de capa empotrada.

No muy lejos del banquete almorzábamos cierto distinguido crítico musical, el inolvidable Peña y Goñi, un oficial de la armada, y algunas personas más.

El marino hablaba con entusiasmo de un proyecto vastísimo digno de Julio Verne, Mayne Reid ó el capitán Cook; nada menos que de dar la vuelta al mundo. Con el dedo señalaba sobre el mantel sus futuros viajes.

—Aquí nos detendremos catorce días—decía.—¿Ven ustedes este plato de aceitunas? Esto es Australia. De aquí á Nueva Zelanda no hay más de quince días... (y recorría la distancia comprendida entre el plato de aceitunas y un panecillo, que era Nueva Zelanda).

—En fin—dijimos con la mayor tranquilidad del mundo—recorreré unas 40.000 millas.

El marino que así hablaba era D. Fernando Villamil, un hombre curtido en los combates del mar, recto, más duro que la roca en materia de disciplina, más blando que un puñado de arena cuando se sabía tocarle al corazón. Físicamente un tipo energético, tostado, de cabello gris, retorcido mostacho y cierta sonrisa característica entre benévola, burlona y fría.

El viaje que describía sobre el mantel no era un sueño, antes bien la pura realidad; tanto, que iba á salir de un momento á otro.

Era un viaje poético, un viaje de hace dos siglos, lleno de peligros, de emociones, de encantos. Todo era romántico en él: un barco de vela, el *Nautilus*, lista de un continente á otro, en medio de las tempestades y de los hielos, movido como una gran gaviota por el viento.

La tripulación, era tradicional también. Muchos, muchísimos querían ir con él; disputábase el peligro como se ha disputado siempre en España cuanto es aventurero y romanesco; los vascongados, descendientes de aquellos que dieron con Elcano la vuelta al mundo, y fueron á Terranova, y á Spitzberg en averiados barquichuelos, formaban parte de la tripulación de Villamil. Una legión de jóvenes guardias marinas, entusiastas, se disputaban el obedecerle, el correr mil peligros con él, el morir acaso. Villamil no se preocupaba gran cosa del peligro por aquel entonces. Cosas más hondas le traían á mal traer. Buscaba una gaita para los marinos gallegos del barco. Y una gaita pudiera serle más útil quizás que los más ricos tesoros en un momento de alegría y morrión.

Los vascongados llevaban á los cordeles, juegos de lotería y varios ejemplares de *La pelota y los pelotaris*, de Peña y Goñi.

El barco, era ligero, precioso, había costado 12.000 duros; y Villamil se proponía organizar formalmente en él una escuela de guardias marinas, una clínica crucial y sin entrañas, en donde se adiestrarán nuestros marinos y pudieran mirar sin temor la muerte cara á cara...

Al despedirse aquel día, cuantos con Villamil estábamos, sentimos un no sé qué de angustia, de entusiasmo, de nostalgia. ¿Quién puede ver sin estremecerse de envidia, sin sentir despertarse en su alma el deseo de viajar en un barco que desaparece en el horizonte?

Se sueña entonces con el país predilecto, uno con Suecia, otro con las Indias, el artista con Grecia, con el Japón, con el Seso, con el Polo...

No podría explicarse Villamil cuando se despidió de nosotros en aquel café de irrespirable atmósfera, poblado de murmuradores y de politiqueros, la envidia que le teníamos. Ni aquellos electores del distrito de Palacio, repletos de hueca palabrería, hubieran podido comprender el mérito del hombre modesto, del marino que iba á recorrer el mundo para mostrar la bandera de España en los países más lejanos, y hacer comprender en todas partes que en nuestra patria hay algo más que políticos charlatanes.

Villamil salió en el *Nautilus* del Ferrol. Celebróse allí una poética misa. El día era nublado, pardo, del Norte. Los marinos se postroaron ante la Virgen del Carmen: el barco salió al siguiente día. Y el viaje hízose con la misma tranquilidad con que Villamil lo había trazado en el mantel de nuestra mesa. De Palmas, la ciudad canaria, medio andaluz, á Bahía en el Brasil; de Bahía al Cabo de Buena Esperanza, de allí á Australia y Nueva Zelanda; de otro salto á Valparaíso y á Montevideo, Buenos-Aires, Nueva-York, Plymouth, Brest y San Sebastián. ¡Cuántas emociones, cuántos inesperados espectáculos, cuántos peligros en estos veinte meses de recorrer el mundo! Obsequiados en todas partes, llevados en triunfo, gloriosos vieron cuánta legendaria admiración se conserva hacia nuestra patria. En todo el mundo han recibido homenajes; un rey maurí le colmó de atenciones. En cambio, el Sr. Pasquín, que sin ser ningún rey maurí era ministro de Marina por entonces, á duras penas fué llevado á visitar el *Nautilus*.

La entrada del gallardo barco en San Sebastián no fué espectáculo para olvidado. El buque, anclado en la Concha meciéndose airoso sobre las azules aguas, á la vista de la alegre ciudad, descansó triunfalmente después de veinte meses de viaje y de recorrer 40.000 millas.

¡Pobre Villamil! Al fin, aquellos electores y politiqueros que festejaban sus triunfos y los de la política española, vulgar, estúpida y atrozada, llegarán por arte de magia y detrimento de sus conciencias á ministros y directores. ¿Quién sabe si aquel orador que con elocuencia cursi proponía el envío del ramo á la señora del cacique del distrito mientras Villamil soñaba con glorias, llegue mañana á regentar la Marina y por sus torpezas y concupiscencias envíe á la muerte desesperada y heroica á los Villamil del porvenir!

RODRIGO SORIANO.

## León XIII loco

Á título de curiosidad traducimos una crónica que publica *Jean Bonnefon* en *Le Journal*, y comienza con estas palabras referentes al actual Pontífice cristiano: «¡Con tal que no muera como Bonifacio VIII...!»

Ese Papa murió loco, y el cronista francés sospecha que León XIII está amagado de la misma enfermedad. «Ese respetable anciano—dice Bonnefon—, cuyo cuerpo en plena demacración dibuja su silueta sobre el cielo político de Europa, tuvo en su árbol genealógico ramas de locos. Su abuela materna murió en un acceso furioso, después de haber incendiado su propia alcoba; su tío, á quien llamaban el tío Antonio, hizo alarde durante su vida de una originalidad extravagante, y los archivos de los jesuitas refieren que Josep Pecci, hermano del Papa y que luego murió cardenal, fué expulsado de la Compañía de Loyola por trastornos cerebrales. La gente sospecha que esa frase diagnóstica oculta una enfermedad más cruel y definitiva.

El Papa actual es una víctima de sus ambiciones. Joaquín Pecci, fatigado de trabajo, minado por la ambición, exaltado por los celos de la gloria terrenal, ha oído sonar sobre su cerebro con dolorosa persistencia las horas de la codicia. Cuando ingresó en el colegio de Nobles, después de una negativa del padre rector de aquel centro, la familia del futuro Papa se inquietó de veras y éste enfermó. Le fué menester entonces justificar que la familia burguesa de los Pecci de Carpignano estaba ligada con los Peccinobles de Siena. Gracias á esa martingala el ingreso de Joaquín Pecci en el colegio de Nobles no tropezó con otras dificultades.

Relagado más tarde al arzobispado de Perugia, monseñor Pecci escribió un libro de devociones, y tal era el texto del libro, que la Inquisición Eclesiástica lo condenó inmediatamente. Por fortuna un cura apellidado Perotti se declaró autor del volumen, y el asunto no tuvo consecuencias graves para el futuro Papa.

Al decir del vulgo, la vejez y la infancia guardan entre sí visos de identidad y mutua simpatía. Eso justifica la marcada inclinación que contra él parece el cardenal Rampolla siente León XIII por el rey de España.

Así se dió el caso de que mientras Su Santidad intentaba estérilmente una intervención favorable á Alfonso XIII—la cifra es fatal para uno y otro—se entregara el cardenal Rampolla á una serie de trabajos favorables á los Estados-Unidos. Y la cosa se explica. En los Estados-Unidos hay una gran masa de católicos, hay cardenales, arzobispos y obispos, y como ni unos ni otros aspiran á elegir por ahora un Papa nacional, es humano que Rampolla estudie la manera de atraerse sus simpatías á fin de contar con sus votos en el próximo conclave, que no puede estar lejano. Además Rampolla, abusando de la debilidad de Su Santidad, ha confeccionado una lista de obispos franceses, lista que ha sido aprobada inmediatamente por el Papa.

El gran Rampolla hace su camino. Todo lo dicho sirve para demostrar que el Papa es un caso de locura senil, un ejemplo de incapacidad viva y el juguete de ambiciones menudas que indignan.

¿Servirán esas referencias de escarmiento á esos fanáticos idiotas que aún suponen á León XIII investido de facultades divinas? ¡Quién sabe!

## Las ilusiones de la guerra

Fueron muchas las que se hizo una parte considerable de la opinión pública española al empezar la guerra con los Estados-Unidos, y casi todas han quedado desvanecidas. De algunas no hay para qué hablar. De otras conviene que se sepa que el desencanto de ellas no se debe á deficiencias individuales (errores ó negligencia del Gobierno, incapacidad de los jefes militares, etc.), sino á causas generales inevitables que hacían imposible el logro de semejantes ilusiones.

Examinemos á la ligera algunas de estas últimas. El corso.—En visperas de la guerra crefese que era ésta una de nuestras armas más eficaces y se alababa la previsión de los gobernantes españoles que no se adherieron en lo referente al corso á la Declaración de París de 1856. Los Estados-Unidos—se decía—tienen una marina mercante mucho más numerosa que la española; nuestros corsarios arruinarán esa marina, y aunque los corsarios yankees ataquen la nuestra, las pérdidas que tengamos serán infinitamente menores, puesto que tenemos menos barcos de comercio.

Lo que pasó después es sabido. El Gobierno de Washington, sin esperar á que el de España resolviera sobre el corso, declaró que por su parte no haría uso de él en la presente guerra, lo cual demostraba bien á las claras que tan poco le inquietaba este medio ofensivo, que ni siquiera quería reservarse las represalias para el caso de que España hiciese uso de él. El Gobierno español no hizo una renuncia tan explícita, á nuestro juicio, por no ponerse en pugna con la opinión, que seguía creyendo en el corso, pero no lo empleó.

¿Hubiera sido posible el corso? ¿Hubiera mejorado nuestra situación en la guerra? La contestación más elocuente á estas preguntas podría darla el Ministerio de Marina, diciendo qué navieros y qué capitanes de buque pidieron patentes de corso ó se ofrecieron á pedirías para el caso de que se declarase. La cantidad y calidad de estos ofrecimientos demostraría plenamente que no teníamos corsarios disponibles que pudiesen alarmar al enemigo.

Pero había además otras razones que hacían imposible el corso. El corso pertenece á la historia; tuvo su razón de ser cuando la navegación á vela permitía armar buques á poca costa y cuando el comercio marítimo no estaba tan desarrollado, que este medio de guerra infiriese perjuicios intolerables á los neutrales. Al presente no puede haber corso á la manera que se hacía antes. El corso moderno consiste en el armamento de cruceros auxiliares, pero con tripulación y jefes de la armada para cooperar á la acción de los buques de la marina militar. Es lo que han hecho los Estados-Unidos en el bloque de Cuba; lo que hemos hecho nosotros armando los vapores de la Compañía trasatlántica. Sólo que nosotros hemos tenido que mantenernos á la defensiva. Nos hemos quedado con la inacción.

En cuanto al corso clásico, al corso histórico, es evidente que no nos hubiera dado resultado alguno, suponiendo que hubiésemos podido emplearlo.

Primero.—Por el principio de que el pabellón neutral cubre la mercancía, á excepción del contrabando de guerra, principio impuesto por todas las naciones neutrales y que hace que el comercio de los beligerantes eluda el riesgo por medio de un abanderamiento neutral.

Segundo.—Porque el comercio marítimo americano tiene su principal tráfico en los mares de América, lo cual hubiese obligado á los corsarios á operar muy lejos de su base de operaciones que tenía que ser la península.

Tercero.—Porque en estas condiciones, el aprovisionamiento de carbón hubiera sido difícil y el riesgo superior á las ganancias. Si nuestras escuadras han tenido dificultades para proveerse de carbón ¿cuántas no habrían tenido los corsarios?

Cuarto.—Porque siendo muy superior el número de buques de vapor de los Estados-Unidos, hubieran podido armar todo los cruceros auxiliares necesarios para destruir nuestros corsarios.

Quinto.—Porque no hay ejemplo alguno de que el corso haya decidido una guerra marítima ni obligado á pedir la paz á un beligerante, siendo de notar que la extensión enorme de los Estados-Unidos que abarcan un continente de mar á mar, les da un desarrollo industrial interior que les permite resistir indefinidamente, aun en el caso imposible de un bloque de sus costas. El corso no hubiera cambiado nuestra situación en la guerra. Nos hubiera atraído, eso sí, la admiración manifiesta de las potencias europeas, y acaso alguna humillación ruidosa. Habría sido, en suma, una demostración más de nuestra impotencia en el mar.

Los destructores.—La imaginación popular se representaba á estos buques como verdaderos monstruos marinos capaces de destruir escuadras ó poco menos. Sufría la sngestión del nombre, y de ahí su asombro al ver que los destructores no servían para nada.

¿Es que son inútiles? No, pero tienen su aplicación propia y sacalos de ella carecen de eficacia.

Un destructor es un torpedero más grande, más veloz y mejor armado (en punto á artillería), que los torpederos ordinarios. El papel del destructor ó cazatorpedero, es destruir los torpederos enemigos valiéndose de su artillería de tiro rápido, inofensiva casi para un cañonero protegido. Si hubiéramos podido tomar la ofensiva, los destructores nos hubieran servido para proteger á nuestros cruceros acorazados contra un ataque de los torpederos yankees.

Más para esto, hubieran sido pocos los tres destructores que llevaba Cervera. Habría necesitado ocho, dos por cada acorazado, ó por lo menos seis.

Nuestros destructores han tenido que actuar de torpederos, y para eso no sirven. Son demasiado grandes, y por consiguiente, demasiado visibles. La fuerza del torpedero está en la invisibilidad. Descubiertos, la artillería de tiro rápido, da cuenta de él en un instante.

Los destructores son una innovación inglesa, ideada para la eventualidad de una guerra naval con Francia, en que la marina británica, al tomar la ofensiva, tendría que precaverse contra el ataque de los numerosos torpederos de la escuadra francesa. Nuestro caso era muy distinto.

Las partidas de Méjico.—Creyóse también que la colonia española de Méjico podría organizar partidas que entrasen en el Estado de Texas é hiciesen allí una guerra parodia á la que los insurrectos nos han hecho en Cuba. Era una locura. En Texas no hay manigua ni una población que secundase á las partidas. La cifra enorme de la población, y la multiplicidad de las vías férreas y en general de las comunicaciones, hace imposible en los Estados-Unidos una campaña de esta especie. El intentarla sólo hubiera conducido á que sacrificase estérilmente su vida algunos de nuestros compatriotas, á quienes de seguro habrían tratado los jefes militares yankees como los prusianos trataron á los franco-irrigadores franceses.

Por otra parte, ¡era posible que el Gobierno de Méjico llevase su simpatía hacia nosotros hasta el extremo de consentir la organización de estas partidas, exponiéndose á la venganza de los Estados-Unidos? Méjico no tiene Marina, su organización militar es deficiente, sus recursos limitados. Semjante tolerancia habría podido costarle parte de su territorio, si no su independencia.

Como estas ilusiones ha habido muchas. Su enumeración sería larga, pesada y hasta deprimente para nosotros, porque demuestra que al empezar la guerra no teníamos ideas aproximadas ni de los medios del enemigo ni de nuestros propios recursos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

## «El sitio de Zaragoza»

NOTAS MADRILEÑAS

El Jardín del Buen Retiro es un excelente lugar de observación en estas calurosas noches de verano que aun nos quedan.

Y no me tome en cuenta el lector lo que pueda suñtoársele reclamo en las precedentes líneas.

Nada de eso: se trata únicamente de reflejar las impresiones recibidas en aquel amenio sitio durante los últimos y «aprovechados» días.

El Jardín del Buen Retiro «viene á llenar un importante papel en la estación presente, y su actual estado, á buen seguro, de lo que menos se recogió su efecto empesario.

Los ministros se alojan en sus departamentos: imposible conferenciar ni compararse nada provechoso para el país rodeados de atmósfera tan asfixiante. Los conserjes á las seis ó las siete de la tarde, cuando cae el calor, y las conferencias en el Buen Retiro, á última hora, cuando comienza el fresco aun en las noches de mayor agobio son medidas que pueden considerarse de buen gobierno.

Por eso anticipó este año su apertura el Jardín de don Pedro, que también se conoce por este nombre el Buen Retiro: no quiero pensar lo que hubiera sido de nosotros, los que padecemos desde el Gobierno hasta el calor y de ellos, los que mandan desde los ejércitos hasta las últimas perras del corral nacional, si nos hubieran cogido las últimas desamparanas noticias de la guerra sin tener abiertos los Jardines, verdadera válvula de seguridad en la política oficial y paraíso refrigerante donde hoy se refugia la vida madrileña en sus variadas y múltiples expansiones.

Así es que no se olvidarán fácilmente las veladas nocturnas de los comienzos de la temporada, ni los días de moda transcurridos; trabajaron de consuno en la elaboración de sus programas atraentes, tanto los que gobiernan la parte artística del ventilado espectáculo como el telegrafo y el cable con su acostumbrado «retrador lacónico».

En la noche de la verbena de San Juan se hicieron públicas en Madrid las noticias del primer desembarco de las tropas yankees en las cercanías de Santiago de Cuba: fué una noche espléndida, estrenaron los Jardines una vistosa iluminación veneciana compuesta de infinitas lámparas eléctricas de variados colores: predominaba el rojo; á un poeta cursi, demasiado inflado por las pesimistas noticias del *Heraldo* le pareció que las bombas rojas simulaban gotas de sangre solidificadas, forseescentes que provenían de la tempestad de muerte que hoy asola la hermosa Antilla.

¡Tenterías! El público, que apenas podía transitar por el repleto audén de la pista circular, sabía muy bien que todo aquello eran combinaciones eléctricas por las que felicitaba al ingenioso y desprendido contratista.

En el teatro se cantó *Cavalleria... rusticana*.

Pero los que dieron la nota básica en aquella noche memorable, sin cuya nota apenas nos hubiéramos acordado de las guerras á pesar de las enfadosas noticias de los periódicos nocturnos, fueron los muchachos de la Banda del Hospicio.

¡Demonió de chico! Se nos ocurrió tocar *El sitio de Zaragoza* y cuando las horas se deslizaban más placidamente, oyáronse toques de clarines, llamadas á la bayoneta, y cañonazos lejanos... por el lado del kiosko.

¡Buen susto se llevaron algunos ministros y altos funcionarios de los que no faltan una sola noche!

«¿Y estáis ahí!, pensaron, buscando el camino más corto para ganar la puerta de salida.

¡Pero el enterrarse de que no había peligro alguno, consiguieron los personajes conspicuos y panzudos: celebraron la concurrencia de los chicos y hasta se digitaron besar el compás con los bastones en los pitiriques de las sillas.

*El sitio de Zaragoza* gustó muchísimo: desde entonces se repite todas las noches: es una genialísima composición de Oultrij por la que no pasan años.

Hasta hace poco tiempo ha venido siendo pieza obligada de concurso para los pianistas de café: los parroquianos patriotas y apesgados á las antiguas gloriosas tradiciones no dejaban de pedirla una sola noche.

¡Oportunísima ha sido la resurrección de la tal pieza en los Jardines hoy que se concentran allí las fuerzas más vivas de la política.

*El sitio de Zaragoza* es una composición musical de mucho efecto, preferible desde luego á la marcha de Cádiz á la que aventaja en casticismo; trabajada sobre